
EVOLUCIÓN

SECRET. DE REDACCIÓN:

Manuel Landeira

DIRECTOR:

Eustaquio Tomé

ADMINISTRADOR:

Eduardo C. Isola

EL RENACIMIENTO EN ESPAÑA

ARTÍCULO INÉDITO DE

JULIO HERRERA Y REISSIG

EXÉGESIS DEL CLASICISMO — EL DESPERTAR EN ITALIA.—ALBORES PROCLÁSICOS—EL NEOPAGANISMO—LITERATURA PORTENTOSA EN ESPAÑA.—CULTIVO DE TODOS LOS GÉNEROS — CIEN POETAS Y CIEN PROSISTAS — SUPERIORIDAD SOBRE ITALIA Y FRANCIA.—EL TEATRO EN EL SIGLO XVI.—LA INSTITUTRIZ DEL MUNDO.—CERVANTES, LOPE DE VEGA Y CALDERÓN MÁS GRANDES QUE DANTE, SHAKESPEARE Y CORNEILLE. — DECADENCIA FINAL Y MONSTRUOSIDADES DEL GENIO.

El divino Renacimiento golpeó tras largos siglos de tiniebla adusta en las puertas conventuales de la Italia mística. Una célebre mañana Florencia despertó luciendo el peplo talar de pliegues armoniosos y la diadema de arrayanes de Minerva. La casta virgen de Nazareth trocose de repente en la Venus de Médicis y a los gemidos arrobadores del órgano sucedió como un sonar de trompetas olímpicas que parecía entremezclado al trueno de Savonarola. En el Arno amanecieron cabelleras doradas de ninfas y colas de nácar de sirenas, como un triunfo de abanicos en una tela galante. El campanario de Giotto erectó su túrgida armonía en honor del Sol helénico que aparecía y el Domo femenino tuvo palpitaciones de hetaira en primavera, ante el gallardo Apolo latino de un nuevo arte que señoreaba en el imperio de Médicis, sobre escombros de gúelfos simbólicos, de un

pretérito sombrío — y coronaron las torres y los bastiones de los viejos castillos de duendes y de tiranos feudales, — los héroes de Donatello, las alegorías de Ghiberti y los mármoles alucinantes de Brunelleschi. Sylvano cantó sus nostalgias de voluptuosidad. Filomela dió en perlar añejas melancolías. Las musas rejuvenecidas coronaron a Petrarca de sonetos, sazonados en los paraísos de Angélico, y en los parques azules del Ticiano, — y entre los efebos y las Afroditas de Leonardo de Vinci, arqueaban su talle las vírgenes aéreas de Botticelli y de Giordano. Júpiter arrugó implacable la frente del rojo Alighieri, sulfurándola de rayos, mientras los sátiros y los faunos alegres de Bocaccio triscaban concupiscentes en el terciopelo de la pradera, oliendo el rastro almizcoso de las ninfas en fuga.

Los neo-griegos y latinos de la Italia rediviva, recogieron en ánforas etruscas los rocíos y las mieles inmortales del Helicón y del Lacio, albergándola, luego, en nuevas ánforas caprichosas de lenguaje y en cálices opulentos de gracia y de armonía. El vino viejo, el néctar intacto de los pontífices de la literatura de los siglos, fué vaciado en odres nuevos de sintáxis, de modalidades y de ritmos, adaptados lógicamente a la lengua, al genio de la raza, y al gusto contemporáneo de la sociedad. La forma se enriqueció, desde luego, y se diversificó de mil maneras, creciendo en matices, en maleabilidad, en soltura, y aterciopelándose con el abono de las voces bárbaras y exóticas de mejor sonido, tanto como con el nacimiento de compuestos simplificados y neologismos, que determinan por aquella época su primera evolución y un cultivo académico y ordenado de su cultura constante. La rima ya conocida pero aún no cultivada agregó una sonoridad más precisa y más condensada y un poderoso estimulante — lo que podría llamarse *la melodía del verbo poético* — a la pauta armoniosa de los latinos y a su severa geometrización, abriendo nuevos horizontes de sugerimiento mental y de música imitativa, de potencia evocatoria, y de amplitud métrica, de contrapunto ideológico y graduación del colorido. Podría decirse que señaló una etapa de renacimiento y de fuerza intelectual y artística, a la poética, la que sirviéndose de esa *creación de*

la *decadencia romana*, no sospechada por los antiguos, entró en su Nuevo Testamento, no menos glorioso que su antecesor.

Siguiendo el ejemplo de Itálica (la primer nación que volvió hacia Grecia, aunque en el Siglo XVI reinase en España, más que en ninguna otra, la afición a la literatura clásica y el cultivo de las lenguas muertas) fué España quien despertó celosa del laurel sagrado, a las emulaciones del torneo, ciñéndose la corona del sublime Renacer Paganó, aspirando al domivir material e intelectual del Mundo, oyendo de un lado las trompetas bélicas de los escuadrones de Alejandro y del otro los coros divinos de Grecia y Roma, en aquel su famoso *Siglo de Oro*, en que cien capitanes y cien poetas abrieron a su gloria insaciable todas las fronteras de la tierra y del cielo, — divina edad en que su Capitolio era de la estatura de su Olimpo y en que se contemplaban, frente a frente, hermanas en la Inmortalidad, su Historia y su Antología!

Grecia despertó a su vez a orillas del Genil risueño, y las graciosas vegas andaluzas se poblaron de amorcillos y de centauros, — y en sus rosas de fuego, hermanas de las de Citéres, y en sus panales, dulces como los de Himeto, libaron las abejas de Eurípides y de Anacreonte, e hincaron su aguijón amargo los de Anaxágoras y Juvenal, En sus bosques góticos, resonó uua tarde, la plácida cornamusa de Garcilaso, que recordó la flauta de Virgilio, aparejada a la de Balbuena, sencilla como la zampoña del gran Theócritó y el caramillo de Mosco. Cien poetas de numen soberbio y cien prosistas elegantes emulaban en su Acrópolis, que se hinchaba de luz nueva y de oxígeno inmortal. España se volvía gloriosamente hacia la Madre de la Poesía, pasando por Roma, su hija predilecta y tomando incidentalmente de Italia su primer impulso avasallador y acaso un poco de la melodía y de la retórica de sus poetas y prosadores más eximios, desde Petrarca á Machiavelo y desde Bocaccio a Alfieri. Durante el Siglo XIII, en el reinado de Alfonso el Sabio, ya la literatura dramática, comenzó a latir en la poética Sevilla, en consorcio con los cultísimos Moros, bajo la protección del Monarca erudito, el Augusto español, que

tanto bien hizo a las letras. De aquellos tiempos nos ha quedado, — en *Historia literaria de los trovadores*, por Millot se afirma, — reliquias en verso de ensayos para el teatro, declamados en las grandes fiestas y banquetes, por juglares, copleros y cantores, y que constituían ya una profesión que mereció las distinciones del gran Rey.

El español bizarro, pero algo tosco, opulento, pero, sin unidad, con multitud de vocablos heterogéneos de las distintas lenguas matrices de que se origina, necesitaba ser limado y libre de sus durezas y ásperos desentonos, podía emplearse en la literatura poética como el más rico y regular de los lenguajes europeos.

Comprendiéndolo así, la tarea de los primeros rimadores de fama, del Siglo XV, fué educarlo, aterciopelarlo, bruñirlo, seleccionarlo, afinarlo, pues si su estructura férrea y sonante como armadura de combate, masculina, nerviosa, estrepitosa, falta de educación fonética, recargada de agudos ásperos y de consonantes viriles, podía adaptarse perfectamente y con ventaja sobre sus congéneres, a la *sublime oda* pindárica, a la ardorosa *Canción* y aún al Poema Didáctico, ciñéndose a la naturaleza arquitectural de estas composiciones, — no así podía prestarse, como sus rivales, el melodioso italiano de la *esfumatura* y de la *messa voce* y el francés de la *nuance* y del atonismo, al cultivo de la *elegía*, del *idilio*, del *soneto*, del *poema amoroso*, del *epigrama*, del *madrigal* y otras formas rítmicas que requieren mayor divisibilidad en el sonido, más sutileza y malebilidad en la inteligencia del vocablo, el hojaldre casi aéreo de la expresión, lo que llama Remy de Gourmont el encaje de la vocal, que se traduce por una potencia de plasticidad casi inmaterial del contenido en que repercutan blandamente y distintamente todas las vibraciones de la lengua, haciéndose expresivas.

Era preciso para tal fin, aflojar los tendones y las coyunturas, y por decir así los resortes chirriantes del léxico aún bárbaro en que se moldeaban géneros aristocráticos; dar agilidad de *mónade* a la lengua, molecularizarla, apagar los tonos violentos, prismatizarlos, combinarlos, hasta formar *la rosa de los colores*, aliviar la cadencia, sugerir la

armonía, más bien que expresarla, y dar al ritmo cien direcciones geométricas y cien flexibilidades lógicas, para obtener de ese modo la pauta perfecta, toda la rosa de la música, todo el pentágrama de la imitación y consubstancialidad de la paleta con la idea, toda la gama crepuscular de los estados de conciencia y de las graduaciones sensoriales, y poder llegar hasta el gesto metafísico de las cosas y hasta el pensamiento recóndito del *gran literario* que es la Naturaleza.

Los poetas italianos del Renacimiento no tuvieron que luchar con tan arduos inconvenientes ni tampoco los de Francia, porque en la índole de sus lenguas sobrias y prosopopéyicas, la una musical y la otra psicológica por excelencia, se encuentran o bien la melodía o bien el tono justo de la expresión. Toda su tarea se redujo a seleccionar y segregar, pues, lo restante lo tomaron de los maestros griegos y latinos. Los españoles, en cambio, lo reconstruyeron todo, puede afirmarse que fundieron inconscientemente una lengua rica, pero, así mismo, inadaptable para obras de repostería literaria — es decir para *poses* imitativas, sugerencias armónicas, *puntilleos*, *ecos* y *esfumos* que rezan con las más finas y especiosas exigencias del Arte, a moda en las épocas decadentes y corruptoras de la imaginación épocas impresionistas, como es sin duda la presente.

En cambio su opulencia constitutiva ha medrado sabiamente, bajo el tamiz académico, con la adopción de multitud de voces extranjeras y modismos familiares de diversos países, que hoy lucen incorporados a su clásica magnificencia y a su brioso armazón de caballería literaria.

Se puede asegurar que España apenas abrió sus puertas al Renacimiento, dejó muy atrás a Italia, Francia e Inglaterra a quienes sirvió de modelo no sólo en la poesía sino en la Tragedia y en la Comedia, llenando los escenarios del mundo de fabulosas obras maestras. Los albores de este egregio renacer remontan al Siglo XV. Cien poetas más tarde, ceñían el laurel imperecedero, dando a su patria renombre inmortal. Se comenzó — a lo que parece — cultivando diversos géneros a la vez, aunque el romance es propiamente el más antiguo y el más español de todos.

Bosquejaremos un desfile glorioso de sus triunfos en las principales formas de composición, durante aquel gran Siglo y subsiguiente, comenzando por la Egloga y rematando en el Teatro con la Tragedia, hasta llegar a la Didáctica, el más árido de los géneros literarios, que inmortalizó a Virgilio y en el que sobresalieron el inglés Pope y el francés Boileau.

Los italianos preludivan triunfalmente, al son de la bucólica syringa pagana, el ingenuo triunfo del predio lírico, y la Egloga sonreía con sus dientes de leche y sus rubores de manzana, entre la dulce paz de los bosques Alpinos y de las florestas del Piamonte.

Garcilaso, el divino poeta, el virgilida suave, tierna inclinado a la melancolía y dulcísimo en la forma, dejó muy atrás a todos los de su tiempo, y Balbuena, fácil, rico y fluido aunque desaliñado, — descendiente de Mosco, — llenaron el mundo con sus endecasílabos agrestes, oliendo a trébol y a tomillo.

Elisa, Filis y Galatea son nombres que no morirán nunca en la literatura de las épocas y que leemos siempre entre suspiros, embriagados de su inocente voluptuosidad.

En el idilio aunque no tanto como en la Egloga, el Parnaso Español resplandeció, rivalizando con Italia y Francia. Herrera y Espinosa, discípulos de Bión lo cultivaron con gran éxito y su frescura es tal que aún palpitan llenos de primavera, en sus ágiles hormas, con sus Náyades y amorcillos, triscando entre los hinojos. Así mismo Fray Luis de León en sus elucubraciones pastorales, recuerda a Horacio aunque propiamente no se dedicó a los géneros menores, sino a la Oda. En la *Elegía*, el mismo Herrera, con el acento de Tibulo, solloza gravemente, y es delicado, fluido y fácil, aunque adolezca a menudo de afectación y desaliño impropio de un gran poeta. También Rioja y Francisco de la Torre fueron grandes elegíacos, sobre todo el segundo que sirviéndose de una simple cierva o de un pájaro, inspirase altamente hasta romper en el sollozo inmortal de Tibulo y conmover los corazones.

En la *Oda Pindárica* de que es maestro sumo el gran heleno y cuyo más alto émulo es Horacio según Argensola,

sobresalieron Fernando de Herrera, llamado el *divino*, por su luminosa sublimidad. La canción a Don Juan de Austria muestra a que altura rayaba su ardiente imaginación y su ánimo genial. Vehemente, fantástico, desordenado, orquestral, olímpico posee todas las dotes, todos los instrumentos de la Oda, y siguiendo las huellas de Píndaro, casi le iguala en ciertos pasajes de su canto famoso.

Sus heptasílabos fulguran como rayos de Jove en el Olimpo y estremecen como rugidos de Titanes en el Infierno y tempestades de Furias. Ninguna nación, incluso Italia, tuvo un poeta lírico de igual mérito y aún hoy día hay que remontarse a Hugo, profeta más bien que poeta, para encontrarle rival.

Por lo demás, ni Horacio se acerca tanto a Píndaro, y los Argensola quedan muy atrás del divino poeta en ímpetu y en fantasía.

El que más se acerca a Herrera, es Fray Luis de León en su *Oda a la profecía del Tajo*, imitando a Horacio. Luego Rioja en las *Odas Morales*, Villegas en las *Anacreónticas*, al declinar la época floreciente, imitador de los Argensola, y Cristobal de Castillejo sobresalieron en el cultivo de este difícilísimo género de composición que dió a España alto renombre en el mundo de las letras.

En la grácil y vivaz *letrilla*, gorrión travieso de la poesía, los poetas hispanos se distinguieron aún más que en otros géneros popularizándola en cierto modo. Y es por que el ingenio español de los siglos XV y XVI es realmente inagotable.

Quién no recuerda aquella graciosísima de Don Juan de Encina ;

¡ Ay triste ! que vengo
Vencidó de amor
Magüera pastor.

Más sano me fuera
No ir al mercado,
Que no que viniera
Tan aquerenciado :
Que vengo cuitado
Vencido de amor
Magüera pastor.
etc., etc. . .

Rival de Encina es Diego Hurtado de Mendoza con sus *Cantarillos* y *Villancicos*, mariposas rítmicas de un donaire encantador nacidas para vivir una hora, embriagarse y morir. Aún en el siglo XVII, o sea el siglo crepuscular de la Antología hispana, Villegas y Góngora supieron acomodar sus levísimos ingenios, llenos de ligereza y flexibilidad a la dulce y aérea *letrilla*. El primero en sus *Cantilenas*, es modelo de pintura-relámpago, y Góngora, el monstruo de la imaginación desordenada, ofrece, no obstante, en sus *romances*, *cantos* y *letrillas*, deliciosas obras maestras por su garbo y volatibilidad, pues no parece sino que se escapan de la mano, como pececillos de ópalo o lucérnulas transparentes. Cadalso, sencillo en extremo, Iglesias, malicioso y fácil, y Quevedo satírico y mordaz por excelencia, en quien el chiste retozón y la agudeza *bocacciana*, brotan a chorros, han legado multitudes de espumantes *letrillas* en las cuales no se sabe que admirar más, si la verdad del asunto o la fluidez de la versificación.

Si pasamos al *Romancé* que es indiscutiblemente la poesía nacional de España, y por decir así, la popular, ningún país en el mundo ha aventajado a la gloriosa península, que no ha tomado de nadie, ni aún de los orientales, como se dice, los asuntos, imágenes, sustancia, rimas, ni cadencia, y por consiguiente, dicho género, resulta original, fruto del alma castellana que le dió vida a millares y le infundió su propio aliento idiosincrásico.

Italia, en los *versos sueltos*, imitó a los heroicos latinos, dándoles mucha más gracia y sonoridad. Los españoles adoptaron por instinto el *asonante*, invención ingeniosísima y armoniosa de aquella época. Por consiguiente, su mérito es con mucho superior al de sus vecinos.

Son infinitas las colecciones de *Romances* (de varias clases: históricos, moriscos, pastoriles, íocosos, etc.) publicados hasta la fecha de estas sencillas, gráciles, flexibles y sonoras formas poéticas, en que se cantan diversos asuntos, con un sabor siempre intenso, siendo así que constituyen la verdadera lírica española y de que se ha servido la tradición para conservar la memoria de los actos heroicos, desde los tiempos del Cid. En la época del galanteo y la

voluptuosidad, cuando la corte de Felipe III centelleaba en lujo y en placeres, como más tarde en Francia, la de Luis XIV, los romances *moriscos*, llenos de frescura y de corte-sanía, perfumaron al ambiente aristocrático del reino.

Más tarde los *pastoriles*, suaves y agrestes, y por último los *burlescos* de Quevedo y Góngora, en que ambos poetas ilustres rivalizaban en chiste y destreza, sin olvidar la variedad de los asuntos y la sencillez de las expresiones.

Si pasamos a la enérgica *Canción*, poesía por su propia índole destinada a la música y que debe entrañar entusiasmo, fuego, viveza y ardiente colorido, España tiene en Garcilaso un primoroso maestro que describe dulcemente, cual ningún otro en su época las escenas pastoriles y de amor ingenuo, así como las luchas psicológicas de un pastor desconocido en presencia de su Galatea. Gil Polo, suave y apasionado, iguala en claridad, aunque no en fluidez y donosura, al gran bucólico Garcilaso. Algunas de sus canciones pastoriles son inmortales por la verdad y por la sencillez de que rebozan, como aquella en que un pastor desgraciado se lamenta de su destino.

En cuanto al *Epigrama* ingenioso y breve, en que los griegos engarzaron tan sublimes cosas, y Roma sus agudezas inmortales, España puede estar orgullosa de su ingenio inagotable, propio para este género delgadamente sintético, en el que sobresalieron muy mucho Baltazar de Alcázar y Salvador Polo de Medina, entre los antiguos.

Modernamente, en el siglo XVII, Juan de Iriarte y el segundo José Iglesias, han compuesto infinidad de epigramas sutiles, aunque a decir verdad que gran poeta español no ha escrito alguno sobresaliente. Así Lope de Vega Argensola, Cadalso, León de Arrojál, don Pablo Jérica y muchos otros lucen a menudo en sus obras escogidos epigramas de diversa índole.

En el conciso, delicado e ingenioso *Madrigal* (tan propicio a los franceses y a su naturaleza retozona) composición aparentemente fácil, pero dificultosa en realidad, para no caer en el ridículo o la falta de interés, — España tiene un príncipe y es Gutierre de Cetina, el más exquisito, profundo y sutil de los madrigalistas, de su época. También Luis

Martín, alcanzó a gran altura, siendo así que muchos le comparan al primero, por su gracia y la fluidez de su versificación.

El hermético, el filosófico, el sustancial, el severo, el *incontentable soneto*, «templo de catorce columnas», que Boileau juzga valer tanto como un largo poema, y del cual se dijo que el caprichoso Apolo lo inventara para tortura de los malos poetas, tiene en el Marqués de Santillana su primer cultor, a mediados del siglo XV. En el siguiente, Torres Naharro les compuso en italiano, no se sabe si por hallar dificultades o por no encontrarse de moda tan rigida composición entre los españolas.

Cristóbal de Castillejo, luego, y por fin todo el Parnaso se entregó con entusiasmo, aunque no siempre con éxito, al cultivo del itálico soneto, una vez conocido Petrarca, el príncipe florentino de este género encantador, y extendido el uso del endecasílabo con las combinaciones usadas por los poetas de Italia, a quienes desgraciadamente los vates españoles imitaron mucho, a fines del *gran siglo*, hasta la decadencia culterana, por la que se explica sus defectos de estructura y hasta su falta de originalidad. Garcilaso, Leonard de Argensola, con su célebre soneto a Doña Elvira, Lope de Vega que les hacía a ciento, Bartolomé de Argensola, Hurtado de Mendoza, Moreto, Juan de Arguijo y el mismo Cervantes, no han escapado a la regla general y pecan a menudo, tratándose del Soneto.

Todos estos poetas, sin embargo, tienen algunos inmortales y perfectes, tanto por el fondo como por la estructura, ya graves, ya jocosos, ya delicados, ya amorosos y en que celebran los más diversos asuntos.

En la modesta y candorosa *Fábula*, de que La Fontaine fué y será el gran maestro de todos los tiempos, España ocupa un lugar prominente. Sabido es que este sencillo género nació en Oriente pasando a Grecia, donde el gran Esopo la cultivó con verdadero genio, lleno de sencillez y de sinceridad. Luego Fedro, muy elegante y atildado entre los latinos, tan correcto como gracioso, sobresalió por el colorido y la destreza.

(continuará)

APUNTES DE DERECHO PENAL

*Tomados en el curso que dictara en 1914
el malogrado doctor Héctor Miranda.*

(Continuación — Véase el número anterior)

Culpa. -- Dice al Art. 1.º del C. Penal « Es delito toda acción u omisión voluntaria castigada por disposición expresa de la ley penal ». Para Carrara, culpa es la omisión voluntaria de ciertas precauciones para evitar consecuencias fáciles de preveer. Se ha dicho que tal definición se acerca mucho a la del dolo: La falta de precauciones no puede ser voluntaria. Ej. : M. toma un revólver y se le escapa un tiro; la omisión de las precauciones no puede ser voluntaria pues no pensó en ellas. Un guardavías que se duerme voluntariamente, pero sin intención de descuidarse al paso del tren, pues faltan horas para que tal hecho tenga lugar o puede haberse dormido sin quererlo. En el primer caso la gravedad existe, claro que no ha sido querido el efecto por la causa si que ha sido querida.

El segundo caso, en cambio, es un caso fortuito.

La Escuela Clásica divide la culpa en grave, leve y levisima. Carrara ha dado al respecto las siguientes definiciones: culpa grave es la omisión de las precauciones generales que cualquiera tiene; leve cuando se omiten las precauciones que tiene una persona diligente, y levisima cuando la omisión se refiere a las precauciones que sólo tiene una persona diligentísima. Por lo general esta última clase de culpa es asimilada al caso fortuito. Carrara, como se ve, se refiere a la voluntad. Albendingen considera que en la culpa grave se trata de un vicio de la inteligencia y de la memoria, consistente en un defecto de atención, por lo tanto no debe ser objeto de represión, pues se trata de un ser moralmente irresponsable.

La Escuela Positiva recurre a otra explicación. Para An-
giolini el delito culpable se produce por distintas causas.
1.º por falta de altruismo, p. ej.: accidentes debidos a que
el dueño no cuida de la seguridad de sus obreros; 2.º
por negligencia, imprudencia, incompetencia o ignorancia
de la profesión; 3.º por defectos en el mecanismo de la
atención y en el de la asociación de ideas; 4.º por *surme-
nage* físico o intelectual; casos de cansancio o debilidad
por exceso de trabajo. Para cada caso se requiere un tra-
tamiento distinto; el primero es casi igual al dolo, pero
no debe reprimirse con las sanciones comunes sino con mul-
tas, etc.; en el segundo caso corresponde la suspensión del
empleo, la prohibición de ejercer la profesión; en el tercer
caso cabe la misma medida, p. ej.: para el cazador que
hiera a un transeunte, pero con caracter *absoluto* y sin
ningún elemento represivo por tratarse de un caso anormal;
y en el último caso no es dado hablar de culpabilidad penal,
debiendo recaer las consecuencias civiles sobre el culpable del
surmenage.

Penalidad de la culpa. -- La culpa se castiga, dice Car-
mignali, por presunción de dolo. En nuestro sistema judi-
cial no se castiga sin pruebas de la comisión del delito en
determinadas condiciones. El daño causado por un acto
puede ser inmediato, es decir su consecuencia directa; p.
ej.: en un robo la falta del objeto robado. Daño inmediato
es la repercusión del acto, la *alarma social* por él producida
de que nos hablaba Carrara.

La Escuela Positiva castiga al autor de un delito culpa-
ble por considerarlo peligroso. Cazar en un lugar concurre-
do, dejar arsénico en la cocina son hechos que revelan peli-
grosidad

Stopatto dice que el motivo del castigo está en la comi-
sión de un acto antijurídico que trae consecuencias dañosa-
s p. ej.: mostrar un arma de fuego, etc. Esta doctrina
no prosperó, pues los actos mencionados por Stopatto no
son intrínsecamente antijurídicos. Sin embargo en ciertos
casos el penalista italiano tiene razón p. ej.: andar en au-
tomóvil a gran velocidad no es un hecho lícito y tiene
cierto carácter antijurídico.

Compensación de Culpa. — Existe en casos como el de un tirador a lo Guillermo Tell que mate a su compañero. En este caso hay culpa en el tirador y en el que se expone. Los autores hacen notar que generalmente la culpa de la víctima está en razón inversa de la culpa del victimario. En unos casos se trata de pedidos, en otros existe mutuo consentimiento y en otros el móvil es el lucro. Carrara considera que estos hechos no deben ser objeto de represión por faltar en ellos el daño mediato y la alarma social, pues el que teme una desgracia no se expone. No pueden equipararse estos casos, al de aquel a quién se le escapa un tiro en la calle, pues entonces todos temen.

El criterio de la previsión es en multitud de casos una ayuda valiosa, pues si las consecuencias del acto no podían preverse solo hay *culpa levisima* que como tal se asimila al caso fortuito. Así que uno que por un movimiento brusco provoca la abertura de una herida cuya existencia ignoraba no es culpable de la desgracia. Pero ¿esta previsión a que nos referimos, es la previsión general, la de un «tipo modelo» o es la previsión que corresponde a cada caso concreto? El Dr. Miranda cree que es la previsión general, la observada por la persona que quiere vivir jurídicamente.

Culpa mediata e inmediata. — La inmediata es la de una persona a quien se le escapa un tiro que da muerte a otra persona. Hay culpa mediata cuando interviene la voluntad de otra persona: p. ej.: el caso del arsénico abandonado, para que la imprudencia sea dañosa es menester que otra persona confunda el arsénico con azúcar o harina y lo coma. En Italia se presentó un caso, hoy considerado «clásico», de culpa mediata. El guardafreno *David* cerró mal la portezuela de un vagón y un niño se cayó sin causarse daño, pero su padre que se arrojó tras él murió a consecuencia del golpe. El guardafreno fué condenado. La generalidad de los autores no cree sin embargo que deba pensarse la culpa mediata. Alimena, en el caso de David, observa que tras el padre pudieron con el mismo fin haberse arrojado muchas personas y que hubiera sido absurdo hacer responsable al guardafreno de las desgracias que les acontecieran. El criterio de la previsión resuelve muy bien estos

casos. El guardafreno pudo prever la caída del niño, pero no el hecho insólito del padre; el que abandona el arsénico muy bien puede prever todas las consecuencias.

Agente y Paciente del delito. — Lo más interesante de lo que a este tema se refiere es la responsabilidad de las personas morales e históricamente la responsabilidad de los animales. Hemos visto al estudiar la evolución del derecho de castigar que antiguamente se hacían responsables hasta las cosas inanimadas. Hamón nos habla de extraños procesos. Ahora sólo nos preocupan los dos casos indicados.

Personas morales. — Respecto a ellas no se ha llegado a una conclusión definitiva sobre su responsabilidad penal, aunque son indiscutiblemente capaces de derechos y obligaciones en el Derecho Civil.

La responsabilidad ha existido en ciertos períodos y de ellos quedan resabios en Inglaterra, E. E. U. U. y hasta en Francia, pero los autores y la jurisprudencia, salvo en casos excepcionales, no la admiten. Garraud cita un texto del siglo XVI conteniendo una disposición expresa sobre la responsabilidad penal de las comunas y sabido es que estas bajo la revolución eran responsables de las perturbaciones habidas en ellas. Hoy rige una disposición análoga para las tribus argelinas en los casos de incendio, cuando no se puede conocer el verdadero delincuente

Entre nosotros se han presentado dos querellas contra personas morales, solicitando que se hiciese efectiva su responsabilidad penal. Ambas peticiones fueron rechazadas.

La responsabilidad penal de las personas morales o jurídicas está muy vinculada a la responsabilidad colectiva que existió en Grecia, en Roma y en los pueblos germanos.

Actualmente se diseña en la doctrina una tendencia a volver a ella como hemos visto en el eminente profesor Pedro Dorado. (1.)

La Escuela Positiva al estudiar el problema que nos ocupa, habla de una *temibilidad del ambiente*, pero vaga y difícil de precisar; recordemos la criminalidad endémica p. ej.: la venganza corsa y la de ciertos pueblos italianos. Más todo

(1) V. Fundamento del Derecho de Castigar. N.º 2 del corriente año de esta revista.

no pasa de ser una simple tendencia doctrinaria no cristalizada en la legislación. Se aplica, sin embargo en los delitos de los niños donde la sanción recae sobre la familia así como sobre el estado o la sociedad cuando la falta de instrucción o de medios de vida son la causa de los delitos.

Algunas legislaciones aplican penas, generalmente civiles a los padres por los delitos de sus hijos. Y Dorado observa que así se procede con todas las medidas penales, se aplican primero a los niños y después se extienden a los adultos.

Se ha rechazado la responsabilidad de las personas morales diciendo que no son capaces de una voluntad, una inteligencia y una libertad distintas de las de sus componentes, dada su calidad de *ficción*. En las personas morales que son una simple agrupación de personas físicas la responsabilidad corresponde tanto a sus representantes como a la totalidad de los componentes; pero en las agrupaciones de intereses debe corresponder solo a los primeros.

Otros sostienen que respecto a las personas morales se pueden aplicar fácilmente las penas eliminatorias, muerte, destierro, *interdiction de séjour*. Las penas pecuniarias, por otra parte, son de facilísima y legítima aplicación.

Tienen las personas morales, según el Dr. Miranda, una temibilidad independiente de la temibilidad de sus componentes, ellas dan a estos los medios de que carecen, dinero, auxiliares y en muchos casos completan la psicología de individuos que aislados nunca hubieran llegado al delito. De acuerdo con el criterio de la Escuela Positiva puede hablarse de un interés de la sociedad en defenderse contra sí misma en cuanto da medios materiales y sugerencias intelectuales a sus componentes para que lleguen al delito.

Garraud menciona una pena disciplinaria aplicada a un colegio de escribanos, pena que se inspiró en las ideas expuestas.

Por último los que aceptan la fórmula transaccional de hacer a las personas morales responsables sólo civilmente incurrir en una clara contradicción, pues los argumentos de falta de voluntad especial, etc., obran por igual en ambos casos.

Animales.—La evolución de la responsabilidad penal de los animales presenta cuatro ciclos: 1.º *fetichista*, durante el cual se les consideraba capaces de vicios y virtudes y por lo tanto se les hacía objeto de amor o de odio; 2.º *simbólico*, período de intimidación pues se castigaba a los animales para intimidar a los hombres con el castigo de los seres irracionales, y para que se dieran cuenta de como serían castigados los racionales; 3.º *indemnización*, cuyo tipo más importante es el *abandono noxal* de los romanos; 4.º *protector* o período actual; los animales no son castigados y sólo se toman medidas precaucionales.

La Escuela Clásica no se ha ocupado de los animales porque carecen de libertad e inteligencia que es la base de la responsabilidad en esa escuela.

Los positivistas, como Lombroso, Hamón y otros, se han ocupado de ellos y les ha sido fácil hallar en los seres irracionales la génesis de la actividad criminal. También Letourneau habla de castigos entre los animales y Ferri recuerda una especie de defensa social entre los irracionales. Pero desde el punto de vista práctico estas observaciones para nada sirven.

Respecto del paciente del delito debemos decir que generalmente es el hombre lesionado en alguno de sus distintos derechos.

Se pregunta si después de muerto, el hombre tiene derechos p. ej.: respecto a su memoria, a que sus restos no sean exhumados, etc.

Las legislaciones varían. Los alemanes penan «delitos imposibles», como el que creyendo matar a una persona viva da de puñaladas a un cadáver. Entre nosotros esos derechos indicados están tutelados por los arts. 150 y 151 del 6.º Penco y en la exhumación ha influido un motivo de salubridad pública.

Las personas morales pueden ser pacientes de delito por tener derechos susceptibles de lesión.

Los animales están protegidos por las legislaciones, no porque se les reconozca derechos sino por la repercusión que tienen sobre los individuos los actos de crueldad en un ser

vivo. Entre nosotros solo se pena al que maltrate brutalmente y en público a un animal. (Art. 406 Inc. 4.º del C. Penal). Una ley prohíbe las corridas de toros y otra *aún no promulgada* prohíbe hasta la «Feria de Sevilla», riña de gallos y todo otro espectáculo donde se maltrate a un animal.

Ensayo de la nomenclatura analítica

(Apuntes de clase)

Análisis de un cuerpo es poner en evidencia sus componentes en una forma cualquiera. Los análisis se clasifican según se considere en primer término; a) el análisis en si mismo; b) los medios que se ponen en práctica para realizarlo, y c) la naturaleza del cuerpo examinado.

1.º Cuando solo se atiende al análisis en si mismo, ó sea al carácter de los resultados, los análisis se divide ante todo en *cualitativos* y *cuantitativos*, según se determinen o nó las proporciones de los componentes investigados. Desde el mismo punto de vista se clasifican también en *elementales*, *inmediatos* y *petrográficos*, según se determinen los componentes al estado de elementos, especies químicas o especies químicas o especies mineralógicas.

Atendiendo igualmente a los resultados el análisis puede ser *parcial* o *completo*, según se investigue en parte o totalmente la composición del cuerpo. Se llama análisis *corriente* el que, siendo o no completo, comprende todas las determinaciones usuales y necesarias para un fin determinado. Los análisis corrientes que se verifican a los fines de una aplicación química de cualquier ciencia, arte o industria relacionados con la química, se suelen denominar análisis *técnicos*. Si al verificar el análisis se persigue un fin de estudio más amplio, la operación toma con mayor propiedad que en el caso anterior el carácter de *investigación científica*.

2.º — Cuando solo se consideran los medios puestos en práctica para realizar al análisis, se aplica otro orden de cla-

sificaciones.— Si el cuerpo se disuelve en un líquido apropiado, y se hace tomar a sus componentes formas características mediante el empleo de reactivos, se efectúa el *análisis químico propiamente dicho ó por vía húmeda*. Estos análisis se subdividen en *gravimétricos* y *volumétricos*. Son gravimétricos cuando se aísla el componente bajo una forma característica y se pesa en la balanza de precisión, y *volumétricos*, cuando se calcula el resultado midiendo el volumen del reactivo disuelto que ha servido para dar al componente una forma característica.— El análisis será *térmico* o por *vía seca*, si el agente que interviene en primera es el calor, y *electrolítico*, si ese agente es la electricidad.

Considerando el modo de realizar el análisis, se tiene además la importante serie de los análisis *físicos*, o sea los que se fundan en el estudio de una propiedad física, del cuerpo examinado. Los más comunes de esta clase son los *ópticos*, *densimétricos*, *ebullioscópicos* y *crioscópicos*, que se basan respectivamente en el estudio de una propiedad óptica, de la densidad y del punto de ebullición o del de congelación.— Los análisis ópticos se subdividen en: *microscópicos*, si estudian los caracteres morfológicos, y micrográficos en general, de los elementos íntimos del cuerpo examinado; *colorimétricos*, cuando aprecian por comparación la intensidad de una coloración, natural o producida artificialmente, del cuerpo que se ensaya; *polarimétricos*, cuando estudia la influencia del cuerpo en cuestión sobre la luz paralizada; *espectroscópicos*, cuando se observan las variaciones producidas en el espectro luminoso por los componentes químicos de una sustancia volatilizada o en solución, y *refractométricos*, si se fundan en la medida de los ángulos de la luz refractada por el cuerpo.— Los análisis físicos comprenden además la apreciación de cualquier otra propiedad física no incluida en las denominaciones anteriores, y así mismo el reconocimiento de los llamados caracteres *organolépticos*, que son aquellos que impresionan directamente los sentidos del olfato, gusto y tacto.

3.º — Desde el punto de vista de la naturaleza o procedencia del cuerpo examinado o del fin a que se le destina, los análisis se dividen en primer término en *minerales* y

orgánicos, según se apliquen a cuerpos que se estudian en una u otra de las respectivas divisiones de la química general. Si el cuerpo ensayado se halla al estado gaseoso o si el componente que se investiga se obtiene y mide en este estado, el análisis recibe el nombre de *gasmétrico*.

Llámanse, en general, análisis *industriales*, los de los productos que la industria prepara o de las materias primas que intervienen en su fabricación; *agricolas*, los que se efectúan en tierras, abonos, semillas y demás productos relacionados con la agricultura; *bromatológicos* los análisis de alimentos y bebidas, y *toxicológicos*, los de venenos. Son *biológicos* los análisis de sustancias organizadas o que tienen relación directa con la vida en general; tomando el nombre de *clínicos*, cuando se practican en sustancias provenientes del cuerpo humano o del de animales superiores a los que se aplica el arte de curar.

El análisis microscópico cuando se aplica a los micro-organismos que existen o pueden desarrollarse en el cuerpo que se examina, se llama *bacteriológico*, y se aplica al estudio de la estructura de los metales toma el nombre de *metalográfico*. El reconocimiento del grado de dureza de las aguas se llama análisis hidrotimétrico, y el del calor que desarrollan los combustibles al arder, análisis *calorimétrico*.

Las definiciones que anteceden, especialmente las que se refieren al modo de realizar los análisis, no son por lo general absolutas y exclusivas; pudiendo convenir varias de ellas a un análisis dado, aún dentro del mismo orden de clasificaciones. Así por ejemplo si se aplica el análisis microscópico previa una preparación química de la sustancia ensayada, la operación toma el nombre de análisis *micro-químico*; siendo numerosos los casos que pueden presentarse de análisis mixtos en que se combinan dos o más procedimientos para realizarlos.

Anibal Chacón.

LOS MUICAS

por Francisco Pi y Margall,

(Capítulo XX de la Historia
General de América)

La América Meridional. — Regiones civilizadas que en ella había: Cundinamarca, Quito, Tahuantinsuyh. — Pueblos salvajes que había hasta las orillas del Sogamoso. — Los Muiscas. — Tribus bárbaras de que estaban rodeados. — Reinos en que estaban divididos. — Leyes de sucesión de los de Bogotá y Tunja. — Leyes de sucesión de los feudos. — Pontificado de Sogamoso. — Carácter electivo de este pontificado. — Tradición sobre su origen y el del reino de Tunja. — Bochica y Chia. — Sentido de esta tradición. — El reino de Tunja fué durante siglos el único que había en Cundinamarca — Origen del reino de Bogotá. — Saguanmachica. — Sus guerras y sus conquistas. — Michua, rey de Tunja. — Muerte de los dos reyes de Chocontá. — Nemequene, sucesor de Sanuanmachica: Quimninchatecha, sucesor de Michua. — Victorias y conquistas de Nemequene. — Muerte del hermano de este monarca. — Guerra entre Bogotá y Tunja. — Batalla del arroyo de las Vueltas y muerte de Nemequene. — Sucede a Nemequene su sobrino Thysquesuzha. — Nueva guerra entre Tunja y Bogotá. — Tregua que se estipuló a instancia del pontífice de Sogamoso. — Supremacía de Bogotá. — Leyes penales. — Leyes civiles. — Matrimonio. — Intervención del sacerdocio en los casamientos, los entierros y los actos de la vida pública. — Guerras. — Procesiones. — Organización y carácter de los sacerdotes. — Sacrificios. — Ofrendas. — Abstinencias de los profanos que deseaban impetrar el favor de los dioses. — Creencias de los muiscas. — Medios de trasmisión del pensamiento. — Ciencias. — Sistema de numeración. — Calendario. — Sacrificio que se hacía al principio de cada indiceión. — Crítica del calendario. — Estado de las artes. — Estado de la Agricultura. — Traje de los muiscas. — Conclusión.

Pongo ya el pié en la América Meridional, don de vivían innumerables gentes, casi todas bárbaras. Aquí, más aún que en la América Septentrional, estaba reducida la civilización a los pueblos de Occidente. No eran cultos

sinó los establecidos a la banda del Pacífico; ya en las vertientes, ya en las mesetas de los Andes. Hallábanse a la sazón distribuidos todos en dos grandes regiones políticas. Cundinamarca y Tahuantinsuyu; Cundinamarca, hoy Colombia, que se extendía hasta el segundo grado al Norte de la línea; Tahuantinsuyu, hoy el Ecuador, el Perú, y algo de Chile, que bajaba a los treinta y siete grados al Sur hasta los confines de Arauco. Cuarenta años antes de la conquista parte de Tahuantinsuyu era autónoma y constituía otra región de no poca importancia, la de Quito. Aunque incorporada desde el año 1487 al vasto imperio de los Incas, la examinaré separadamente como lo hice con los totonacas y los zapotecas.

Los pueblos civilizados de Cundinamarca no se crea que empezasen en las playas del mar de los Caribes. Del mar de los Caribes a las riberas del Sogamoso había por lo contrario multitud de tribus salvajes: los guajiros, que vivían en Santa Marta y no doblaron en más de un siglo la cabeza a la servidumbre; los chimilas, sus vecinos, si no tan valerosos, más temibles por lo astutos y lo pérfidos; los urabaes que tenían en el golfo de Darien sus ranchos; los chocoes, que se extendían hacia el Pacífico, eran también cautelosos y usaban dardos de una braza; los laches, adoradores de las piedras y de su misma sombra, que divididos en bandos se batían encarnizadamente unos con otros sin más armas que sus puños. Con esos laches confinaba al Norte la nación culta a que me propongo consagrar algunas páginas. Habitaban allí desde las fuentes del Sogamoso a las orillas del Fusagasugá los muiscas o los moxcas, que llevaban cubiertas sus carnes como ninguno de los pueblos que hasta ahora vimos, medían por un sistema especial el tiempo y se hicieron notables por sus instituciones y su cultc.

De levante a poniente ocupaban los muiscas la tierra comprendida entre la rama oriental de los Andes y el Magdalena: no sólo al Septentrión, sino a los demás vientos, estaban circuidos de bárbaros. Al Este, en los páramos y en las faldas de los mismos cerros que les servían de linde, tenían a los tammez, que no rendían homenaje a ningún ídolo y

se regían por las solas inspiraciones de la naturaleza; al Sur a los sutagaos, los panches, los pijaos, los coyaimas y los natagaimas; al Oeste los pantagoros, que poblaban la otra margen de Magdalena con los guaquíes y los gualles. No hablaré de los que había en los espaciosos llanos al Oriente de los Andes: acampaban allí, además de los achaguas y de los omeguas, tribus nómadas que vivían sólo del asalto y la rapiña. Los moxcas o muiscas se veían con frecuencia obligados a medir sus armas con muchos de esos bárbaros, especialmente con los panches, que iban desnudos, comían carne humana, no casaban con mujer de su pueblo, mataban mientras no tuviesen hijo varón a cuantas hembras les nacían, envenenaban sus flechas, blandían largas picas y se crecían en los azares de la guerra.

¿No es verdaderamente de extrañar que floreciese la civilización en medio de tantos pueblos salvajes? Tenían los muiscas su principal asiento en la meseta del Bogotá, que fertilizan las aguas del río del mismo nombre, llamado entonces Funsha. Gobernábanse en lo temporal por dos caciques o reyes, que residían el uno en Bogotá, el otro en Tunja, y en lo espiritual, por un gran sacerdote, que moraba en Sogamoso. No habían confundido la autoridad religiosa con la civil, como las antiguas y aún algunas modernas sociedades de Europa.

Eran independientes uno de otro los reyes de Bogotá y Tunja; y lejos de estar confederados, llevaban al entrar los españoles muchos años de guerra. Enorgullecidos por recientes conquistas, habían resuelto los de Bogotá someter a los de Tunja, pero no podían conseguirlo aunque disponían de mayores fuerzas. Tenían los de Tunja en su favor lo áspero de sus tierras, la antigüedad de su origen, y el favor del Pontífice de Sogamoso. Los reyes de Tunja habían sido indudablemente señores de toda Cundinamarca. Los pontífices de Sogamoso, tenían la ambición de príncipes que, como los Bogotaes, amenazaban invadirlo todo y ante ninguna consideración detenían la impetuosa marcha de sus ejércitos.

Continuaban en pié los dos reinos, y ambos a lo que parece, se regían por las mismas leyes de sucesión y estaban feudalmente organizados. Heredaban a los reyes, no sus hi-

jos, sino los hijos de sus hermanos, los hermanos sólo a falta de sobrinos.

Entraba de muy niño el príncipe heredero de Bogotá en el templo, y vivía en tanto que no llegaba a mozo la más severa vida; No podía ver el Sol ni comer sal, ni entregarse a placer alguno ni sustraerse a la obediencia ni a la mirada de los sacerdotes. La menor falta que cometiese le hacía indigno de la corona. Obligábasele a jurar bajo las más terribles maldiciones, cuando iba a salir del templo, que no había cometido acción baja ni torpe, y si no lo juraba, se le tenía hasta por vil e infame. De estar sin mancha, se le confería de pronto el cacicazgo de Chia para que se fuera acostumbrando a la práctica de los negocios. De allí pasaba al trono cuando el rey moría. Se le sentaba en una silla recamada de oro y esmeraldas, se le ceñía uno como bonete, se le vestían hermosas mantas, y, luego que juraba gobernar en paz y justicia a los pueblos, se le rendía pleito homenaje.

Se transmitían también por herencia los feudos; más se necesitaba para adquirirlos del beneplácito de la corona. En cuanto fallecía uno de los caciques, se trasladaba al sucesor a la capital con ricos donos, y pedía humildemente la investidura. Si la obtenía entraba desde luego en posesión del señorío con gran júbilo de sus vasallos, que salían al calmpo a recibirle. ¿Por falta de sucesión quedaba vacante algún feudo? Tocaba al soberano proveerle en quién mejor le pareciese. Escogía de ordinario el Rey a dos de sus principales nobles y les ponía a prueba la continencia. Al que más impasible había permanecido ante los hechizos de una mujer desnuda, a ese entregaba el cacicazgo. Se había comprendido cuan peligrosa es la incontinencia para la justicia.

No era electivo sinó el pontificado y señorío de Sogamoso. Lo era por los caciques de Busbanzá, Gameza, Toca y Pezca, y en caso de empate por el de Tundama. Se buscaba alternadamente al sucesor entre los naturales de Tobazá y los de Firabitoba; y porque en una vacante se empuñó uno de Firabitoba en serlo, hubo una guerra que no terminó sinó con la vida del pretendiente. A tal punto llegó a ser ley lo que empezó por costumbre.

Lo difícil es averiguar el origen de estos tres poderes.

Referiré por de pronto la tradición que sobre el del pontificado de Sogamoso y el del reino de Tunja recogieron los españoles de boca de los mismos muiscas. (Allá en apartados siglos, se decía, cuando no alumbraba aún la luna la tierra, vino a estas regiones un extranjero que unos llaman Bochica, otros Zuhé y otros Nemquesheba. Llevaba prendido el cabello, la barba hasta la cintura, los piés descalzos, en el cuerpo un manto que por las puntas anudaba en el hombro. Predicaba la virtud y condenaba el vicio, enseñaba la agricultura y las artes, predecía los buenos y los malos tiempos y era el oráculo de la comarca.

(Vino por aquel mismo tiempo una mujer de extremada hermosura que unos llaman Huythaca, otros Chia, y otros Yubecayguaya. Predicaba doctrinas opuestas a la de Bochica, halagaba los instintos sensuales y llevaba tras si las gentes. Era mágica y de perversas intenciones. Hizo un día crecer el río Funsha hasta hacerlo salir de madre, e inundó la llanura de Bogotá obligando a los habitantes a recogerse en las cumbres de los vecinos montes.

Afortunadamente Bochica, no menos poderoso acudió arremediar el daño. Fue a Bogotá, dió con su báculo en una de las montañas al mediodía, abrió paso a las aguas dando nacimiento al salto de Tequendama y dejó seco el valle. No pudo ya por más tiempo sufrir las maldades de Nuythaca. La transformó en Luna y la envió al cielo a que fuera mujer del Sol y nos alumbrara de noche.

Sólo ya Bochica, arraigó a los muiscas sus ideas religiosas: la existencia de un ser Supremo, la inmortalidad del alma, el juicio final y la resurrección de la carne. Se retiró, concluida su predicación, a Yraca, hoy Sogamoso, y allí vivió nada menos que dos mil años. Fundó a su muerte el pontificado instituyendo al señor de la tierra heredero de su santidad y su poderío y fijando la manera de elegir a los sucesores.

Andando el tiempo un sucesor de Bochica deseó poner fin a las continuas guerras que se hacían los caciques. Los convocó a todos, les mostró las ventajas de la paz, y los indujo a crear un rey a quién todos obedeciesen. Recayó la elección en Hunzahua, a quién dieron desde luego el título de

Zaque; y de aquí el origen del reino de Tunja que abrazó toda Cundinamarca».

La tradición es, como todas, mezcla de historia y de fábula, pero significativa y profunda. Se ve en Bochica algo más que un mero iniciador de la cultura muisca, algo más que el Quetzalcoatl de los toltecas. Son a no dudarlo él y Huythaca personificaciones del principio del bien y del mal, imágenes de la virtud y el vicio. Son además, símbolos cosmogónicos. Ella es la Luna, la húmeda noche, la que cubre la meseta de Bogotá con las aguas del Funsha; él Zuhé es decir el Sol, el astro que seca, el calor que vuelve a fecundar la inundada tierra. Es él quién vence; y con él nace de pronto la unidad religiosa, de él deriva más tarde la política.

Cómo llegaría a romperse esta unidad no es fácil determinar. Se ignora por completo el nombre de los primeros sucesores de Hanzahúa, de quién se dice que vivió doscientos cincuenta años. Se habla de un Thomagata o Fomagata, pero se le considera muy posterior a Hunzahúa. No se refieren acerca de él por otra parte sino sueños; que era poco menos santo que Bochica; que en una noche iba diez veces a Sogamoso y otras tantas volvía a Tunja; que no conoció mujer y un día en que propuso casarse quedó impotente; que tenía cola de león, cuatro orejas y no más de un ojo; que podía convertir a quién quisiera en tigre, en culebra, en lagarto; que transmitió esta facultad a sus herederos. Se hace luego mención de un Tuzuhúa, hermano y sucesor de Thomagata, y se calla sobre los demás reyes de Tunja anteriores a Michua.

Que toda Cundinamarca hubo de estar por muchos siglos bajo un solo poder nos lo dicen hechos inconcusos. Se profesaba en todo el país, la misma religión y se hab'aba la lengua chibcha. No es de presumir que se hubiese alcanzado esta unidad distribuidos los pueblos entre diversos reyes. Hubo de tardar en formarse el reino de Bogotá: así nos lo permite creer la escasa antigüedad a que se remontaba su historia en las tradiciones de los muiscas. Saguanmachica, el primer rey, de que se hacía memoria se calcula que pudo subir al trono allá por los años de 1470, poco más de medio siglo antes de la entrada de los españoles. Irían creciendo en poder los caciques de

Bogotá con menoscabo de la independencia de la vecinas tribus, y se harían poco a poco independientes de los monarcas de Tunja.

Lo fué ya del todo Saguanmachica. De ánimo valeroso, llevó este príncipe sus armas al otro lado de los montes que cercan a Bogotá por la parte del Mediodía, y en Pazca venció el cacique de Fusagasugá, que no pudo obtener clemencia sin doblarle la rodilla y rendirle vasallaje. Tuvo luego contra sí al de Guatavita, a quién llenó de alarma esta victoria; pero le derrotó en dos encuentros, y le persiguió con tal ímpetu, que le obligó a pedir auxilio al rey de Tunja, No cesó ante las órdenes ni las amenazas de este antiguo soberano de Cundinamarca Llamado a comparecer en Tunja para dar cuenta de sus actos, hizo escarnio del mensajero y de Michua. Sabedor de que Michua bajaba con cuarenta mil hombres a castigarle, se puso con más en sus fronteras del Norte y le detuvo. Le detuvo principalmente con haber logrado la alianza de feudatarios de Tunja. ¿Se volverán otros contra mi? hubo Michua de preguntarse.

Enorgullecido Saguanmachica, se entró por las tierras del señor de Ubaque, y le forzó a retirarse en un peñón que tenía para la seguridad de su persona y de sus tesoros: más se vió pronto entre dos guerras y en grave riesgo de perder el fruto de sus conquistas. Al Norte el cacique de Guatavita, deseoso de vengar sus derrotas, renovó con ayuda del de Ubaque la pasada lucha: y al Mediodía los panches, llevados de su carácter inquieto y enemigos de largos acios, empuñaron por centésima vez contra los bogotés sus arcos y sus temidas lanzas. Diez y seis años se asegura que duró la contienda; pero al fin Saguanmachica triunfó de sus enemigos, y juntando sus fuerzas logró, como desde un principio quería, marchar sobre Tunja. No pudo ya Michua rehusar el trance de una batalla por más que viera de nuevo en el campo de su enemigo parte de sus vasallos; Bajó con sesenta mil hombres al encuentro de Saguanmachica, que llevaba cuarenta mil, y en Chocontá midió con él sus fuerzas. Encarnizada fué la pelea, tanto, que murieron entrambos reyes.

Sucedió a Michua Quiminchateca y a Saguanmachica

Nemequene. No por esto cesaron las discordias, Había quedado al fin la victoria por los bogotae y Nemequene ardía en deseos de proseguir y coronar la obra de su tío. Muchas eran las dificultades: las tropas escasas, los panches amenazado, los fusagasugaes en armas, los caciques del Norte convencidos de que si abandonaban al rey de Tunja caerían en mayor servidumbre. Empezó Nemequene por enviar contra Fusagasugá un ejército de cuarenta mil hombres que puso a las órdenes de su heredero y sobrino Thysquesuzhá. El en tanto levantó nuevas tropas, y para adiestrarlas y aguerrirlas las llevó contra los panches después de bien guarnecidas las demás fronteras. No tardó Thysquesuzhá en reducir a los fugasugaes, a quienes castigó cruelmente inmolando a no pocos en los altares de sus ídolos. Tampoco tardó Nemequene en ver dentro del valle de Bogotá a los caciques de Zippaquirá y Nemza que estaban al Nordeste y habían resuelto atacarle deseosos de prevenir nuevos peligros.

No vaciló Nemequene un solo momento. Retiró de la guerra de los panches sus mejores huestes, allegó hasta diez y seis mil hombres, y corrió a todo correr contra los enemigos, a quienes halló entre Chia y Caxicá y dió al punto la batalla. No a las flechas sinó a las macanas confió a poco la suerte del combate y peleó con tal decisión y con tal arrojo, que los desbarató, les siguió el alcance y los redujo. No se contentó ya con hacer de Nemza y Zippaquirá dos feudos, las incorporó a sus estados y les dió capitanes que las gobernarán.

Volvió luego los ojos al señorío de Guatavita, que se extendía al Norte hasta Turmequé y confinaba al Occidente con el territorio de los teguas. Quería someterlos por no ir otra vez sobre Tunja con enemigos a la espalda. La ganó en una noche; pero más por la traición y la astucia que por la fuerza. Tenía el cacique de Guatavita esparcidos por toda Cundinamarca gran número de sus vasallos, que como diestros artifices eran codiciados en todas partes con el objeto de que labraran de oro y plata las imágenes de los dioses. Temeroso de que no se los maltrataran sus enemigos si por acaso les declarase o le declarasen la guerra, ordenó que no saliese ninguno para otros Estados, como éstos no le

dieran en rehenes dos hombres. Fué Nemequene pidiéndole plateros y enviándole en cambio bogotaes valerosos que en un momento dado pudieron secundar sus intentos; y ya que tuvo allí los súbditos que creyó suficientes, empezó a mover sus ejércitos. Los pasó de noche por Guasca a cuyo cacique sobornó con dádivas y promesas, marchó calladamente sobre Guatavita, y ya que la tuvo cerca, dió la señal convenida para que alcanzara a los bogotaes de dentro de la plaza. El señor de Guatavita se halló cuando menos pensaba con una rebelión y un asalto: perdió la vida antes que pudiera poner en pié sus tropas y dejó la ciudad y la tierra toda a merced de Nemequene.

Guarneciólas Nemequene, púsolas al mando de su hermano y caminó la vuelta de Ubaque, señorío al Noroeste de su reino. Hubo allí de luchar seis o siete meses, y no siempre con fortuna. Estuvo en muchos combates indecisa la victoria. Pero fué al fin vencido Ubaque, porque iba cada día menguando en fuerzas al paso que Bogotá reparaba con facilidad las que perdía. Entró el cacique en negociación con los vencedores y todavía logró salvar su puesto, bien que en calidad de vasallo y con presidios del rey en sus pueblos y fronteras. Nemequene para honrarle consintió en recibirle dos hijas, una para esposa de su hermano, otra para mujer propia, y bajó a su corte a descansar de sus fatigas.

Dirigió Nemequene al otro año sus armas contra los señores de Ebaté, Susa y Simijaca, que tenían sus tierras al Mediodía y al Occidente del lago de Fuquene entre las montañas de los muzos y las márgenes del Suárez. No podía penetrar en aquella comarca sinó por un desfiladero, el boquerón de Tazha; y allí se vió detenido días y días por las fuerzas aliadas de los tres caciques. ¿Como no sorprenderle tan obstinada resistencia? Amenazó con hacer la guerra a sangre y fuego, e infundió tal terror en sus enemigos, que los desalojó al primer combate corriéndolos sin casi verter sangre hasta Simijaca. Habría podido ya marchar desembarazadamente sobre Tunja, pero llevaba poco ejército para tan grande empresa. Incorporó a Guatavita lo conquistado y bajó de nuevo a su corte.

Perdió a poco su hermano la vida por avariento. Sabe-
dor de que en el peñón de que antes hablé, peñón que
estaba en la mitad de un lago, tenía el señor de Ubaque
inmensos tesoros, por el afán de cogerlos cayó una noche de
improviso sobre la fortaleza y la tomó por asalto. Colérico
el de Ubaque, acudió al capitán de las tropas bogotaes en
demanda de socorro, y, como no le alcanzase, voló con los
suyos contra los agresores. En tal apretura los puso, que el
hermano de Nemequene viéndose ya sin medios de resistirle
arrojó al lago los tesoros, y probó a todo riesgo de abrirse
paso, lo intentó en vano el codicioso príncipe con haber
llevado su valor al heroísmo. Murió con cuantos le acompa-
ñaban.

A pesar de haberse circunscrito a rechazar agresión tan
injustificada, tenía no sin razón el de Ubaque las iras de
Nemequene. Era la verdad de temer que Nemequene, deján-
dose llevar, más que de su razón de sus pasiones, no qui-
siera vengar la muerte de su hermano y castigar al matador
para escarmiento de todos sus vasallos. Mas Nemequene, con
ser rey bárbaro, llamó tranquilamete al cacique para que se
defendiera, y oído, le absolvió y aún le honró sin querer
admitir sinó una manta de algodón entre los muchos y
grandes regalos que le había traído. «No quiero, le dijo,
que se pueda entender que por tus presentes se ha torcido
en mis manos la vara de la justicia.»

Era Nemequene, a no dudarlo, de grandes sentimientos.
Aquí, con todo, es muy posible que obrase principalmente
por la razón de Estado. No le convenía descontentar a
ningún cacique cuando todos necesitaba para llevar la gue-
rra a Tunja. No tardó ya en convocarlos para decirles su
intento. Los arengó, les hizo sentir la necesidad de hacer
de Cundinamarca un solo Reino, y les dió treinta días de
plazo para que volvieran a Bogotá cada cual con los más
soldados y pertrechos que pudiese. Hasta sesenta mil
hombres tuvo acampados en los alrededores de Bogotá
dentro del convenido término. Los revistó llevado en andas
de oro y esmeraldas y seguido de sus ministros y sus nobles
y, despues de inmoladas a los dioses gran número de vícti-
mas, oídos los favorables agueros de sus sacerdotes, se puso

en marcha con todo el ejército.

Convocó también el zaque de Tunja a sus cacique y les encareció el interés de la común defensa. Por cierto que en ninguno halló la decisión que en el pontífice de Sogamoso, alarmado como antes indiqué por la insaciable ambición de Nemequene. El pontífice de Sogamoso, que se llamaba Nompanim, le asistió con doce mil hombres y con su misma persona, que no creía necesario menor sacrificio para librarse de la sorvidumbre que en su sentir le amenazaba. Cincuenta mil hombres había reunido por su parte en Tunja Quimuinchatecha así que su total ejército pasaba de sesenta mil soldados.

Mandaba la vanguardia del ejército de Bogotá Saque-zazippa; y en cuanto llegó a las fronteras de Tunja desplegó tal rigor que, amedrentadas las gentes, huían de las ciudades sin oponerle resistencia. Pronto, sin embargo, hubo de parar su marcha sabiendo de Nompanim y Quimuinchatecha que habían salido de Tunja y bajaban a su encuentro. Retrocedió hasta incorporarse con el grueso de las tropas de Nemequene, que halló en el que ahora llaman arroyo de las Vueltas, y allí esperó a pié firme al enemigo. No tardaron en verse las avanzadas de los dos campos, pero tardaron algo más en decidirse al combate.

Nemequene envió embajadores a Quimuinchatecha invitándole a, que sin exponerse al trance de una batalla le rindiera vasallaje y prometiéndole, si tal hiciese, colmarle de honores y concederle el primer voto en sus consejos; y Quimuinchatecha al otro día le contestó arrogante que no serían jamás vasallos de nadie los reyes de Tunja y si tanto se deseaba ahorrarse la sangre de los muiscas, no había más que fiar a un desafío la suerte de los dos reinos. Herido Nemequene en su orgullo, quiso aceptar el reto; mas se lo impidieron sus uzaques, es decir sus nobles, y hubo de darse comienzo a la batalla.

Hicieron primeramente su oficio los y las hondas; después las macanas y las picas. Iba Nemequene en sus andas aquí alentando a los que cedían y allí empujando a los que avanzaban, no sin deseos de encontrarse con el de Tunja, que en no menos ricas andas iba dando bríos a sus soldados.

Estaban ya para vencer los bogotaes, cuando ¡oh caprichosa suerte! cayó Nemequene mortalmente herido. Cambió al punto la faz de las cosas. En vano el moribundo rey, vuelto los ojos a sus tropas, les encargó que hiciesen en su venganza lo que como buenos y leales vasallos debían, y les dijo que no desmayaran, pues tenían segura la victoria. Desmayaron y nada hicieron por vengarle, sobre todo despues que el afortunado Quimiunchatecha, noticioso de lo ocurrido, logró rehacer sus ya desordenadas fuerzas y cayó con ímpetu sobre sus contrarios. Retiráronse los bogotaes llevándose el cuerpo de su rey, que no había exhalado aún el postrer suspiro; y lo habrían pasado desastrosamente, si el experimentado Zaquizazippa, quedándose en la retaguardia, no hubiese ido conteniendo los avances de las tropas de Tunja y Sogamoso.

Murió Nemequene a poco de haber llegado a su corte; y apenas hubo bajado al sepulcro que según costumbre le tenían abierto secretamente los sacerdotes, fué proclamado zippa, o lo que es lo mismo rey, su sobrino Thysquezuha. Thysquezuha no era de mucho tan varonil como su tío; más no por esto dejó de pensar en Tunja así que subió al trono. Reunió hasta setenta mil hombres, sofocó por Saqueza-zippa una rebelión de los ubaques y se entró luego por tierra de Guazca en demanda de Quimiunchatecha. Quimiunchatecha se mantuvo sereno a pesar de haberle aparentemente faltado el auxilio del soberano de Sogamoso. Armó cuanta gente pudo, y salió otra vez al encuentro de los enemigos. A las manos estaban ya para llegar los dos ejércitos, cuando los detuvo el pontífice empleando, si ayer las armas hoy la religión y la palabra. Ajustó treguas por veinte lunas mediante una buena cantidad de oro, que hizo dar al rey de Bogotá por el de Tunja.

En esas treguas hallaron los españoles a los muíscas, y aquí debo suspender por lo tanto esta suscita historia. Había roto Bogotá la unidad política; y, aunque al parecer solo por el afán de engrandecerse, trabajaba por restablecerla. Lo habría indudablemente conseguido a no haber llegado tan inesperadamente los europeos. No slo la habría réestablecido; tengo para mí que le habría dado más firme asiento.

La autoridad de los reyes de Tunja era ya; como habrá observado el lector, sobradamente débil. Caciques como los de Guatavita, Ebaté, hoy Ubate, Susa y Simijaca, se habían hecho poco menos que independientes. Otros como el de Guasca, se vendían al enemigo. Otros abandonaban en los momentos críticos a sus soberanos. En la guerra con Nemequene buscó Quimuinchatecha el apoyo de todos sus varones y no lo encontró sino en el sacerdote de Sogamoso. Los reyes de Bogotá por lo contrario no consentían el menor alarde de independencia en ninguno de los pueblos que hubiesen caído bajo su mano. Admitían la organización feudal, pero sin tolerar extralimitaciones a los feudatarios. Eran los reyes de Tunja un poder viejo y como tal caduco; los de Bogotá un poder joven y como tal lleno de robustez y vida. Por esto principalmente creo que Bogotá habría llegado a vencer a Tunja.

La energía de los monarcas de Bogotá, se la ve en las leyes. Ningún feudatario podía hacerse llevar en andas; ningún plebeyo, como no lo hubiese ganado en la guerra, adornar orejas ni narices con joyas de oro. Se vestía de mujer al cobarde, y a oficios de mujer se le destinaba por más o ménos tiempo. Con pena de muerte se castigaba al que en combate hubiera vuelto las espaldas antes que su jefe. A todo al que cometía una baja acción siquiera fuese de los más nobles, se le afrentaba rasgándole el manto o cortándole el cabello. Se mataba al que matase aún cuando le perdonaran los parientes de la víctima. Se cegaba a los ladrones.

(Continuará)

Temístocles y Arístides

Grecia es nuestra madre civilizadora. Al definir este vocablo, sagrado para todos los que sienten inclinación hacia las manifestaciones del intelecto humano, se ha dicho generalmente: *Grecia es una expresión geográfica*. Esta frase, común en la inmensa mayoría de historias que caen en nuestras manos quiere solamente indicarnos, que no es un país armónico y homogéneo, guiado por una voluntad superior que riga sus destinos, sino por el contrario, un conjunto de pueblos tan bien organizados, que reunidos en un todo indisoluble, el cuerpo helénico, nos dá la impresión de un mundo superior. Es difícil definir en unas líneas, idea tan compleja, que encierra sentimientos tan hondos, e ideales tan diversos.—Nosotros sin embargo, hemos encontrado una expresión, que si no nos define claramente esa palabra, es capaz de interpretar el sentir que en todos nos provoca: Grecia es un motivo de belleza. Saludemos en ella la patria de las grandes creaciones, la cuna de todas las ciencias, la fuente de todas las artes.—Todas sus manifestaciones se nos presentan con caracteres indelebles. Desde los tiempos heroicos hasta el siglo de Pericles, desde el divino Orfeo cuya armoniosa lira tuviera la virtud de aplacar á Poseidón y contribuir en forma tan poética á la conquista de vellochino de la Cólquide, hasta Esquilo y Sófocles, los dos grandes genios de esa representación sublime de la realidad que se llama tragedia; desde los aedas y rapsodas, que cantaban el despertar de la poesía, hasta los eruditos doctos de la escuela alejandrina;—desde las rudimentarias estatuas que el excavador experto encontrará en Santorín hasta las magníficas obras de Fidias; desde el Aquiles de Homero, héroe sobre natural de una edad primitiva hasta el gran Temístocles, exponente genuino del génio ático; desde el agorero Tiresias, que predijo en forma inverosímil para nosotros los acontecimientos de la guerra de Tebas, hasta Demóstenes, profeta inequívoco de la ruina de Atenas y en fin del acanánco héroe producto irrefutable de la edad de hierro, al ciudadano Ateniese, manifestación clara de la civilización más pura, hay tal armonía en su desarrollo, tal perfección en su desenvolvimiento progresivo hacia el Ideal que nadie podría

negarle a ese pueblo privilegiado, el primer puesto entre todos los que el destino ha elegido para presidir las manifestaciones de la actividad humana. Grecia está por encima de todos los pueblos, de todos los tiempos, de todas las civilizaciones.

Los hombres son producto de su época. Atravesemos pues la oscura noche de los tiempos, y en un vuelo fugaz hácia el pasado, nos encontraremos frente a frente a la generación de las Termópilas. Puestos en contacto con el ambiente perfumado que se respiraba en Atenas, estaremos recién en condiciones de poder apreciar con visos de verosimilitud los acontecimientos inmortales, que tuvieron por teatro preferido los campos de Maratón y de Platea. Para darnos cuenta del carácter esencial de las dos grandes figuras que nos ocupan, tendremos primero que dedicar un breve espacio á las guerras médicas porque ellas fueron el eje sobre el cual han girado estos dos potentes organismos, porque han sido a la vez, la causa y el efecto de estas dos sublimes existencias. Al encontrar frente a frente dos civilizaciones antagónicas, como lo son la Asiática y la Griega no podemos hacerlo sin una palabra de censura para el indolente persa, dedicando al mismo tiempo una frase de aprobación y aliento al valeroso heleno que pagó con su vida el amor generoso y desinteresado hácia su patria, escribiendo con su sangre, para que la humanidad no la olvide, esa ley tácita que manda una obediencia ciega hacia el concepto sagrado del bien y de la libertad. Al leer la historia de las guerras médicas experimentamos un placer intenso, una satisfacción interna. Es que allí vemos el triunfo definitivo de la justicia. Nada más justo que la derrota vergonzosa de una nación corrompida, que pretendió por todos los medios posibles esclavizar servilmente al pueblo más libre de la tierra. Nada más justo que el triunfo concluyente de una raza privilegiada—que vive se gobierna y vence—por la sola voluntad de los ciudadanos, imponiéndose sobre un tropel de bárbaros que van á la pelea para sastifacer las exigencias de un amo mandón y caprichoso. Solo hemos querido trazar someramente los rasgos generales de estas guerras. No es posible dedicarles más espacio en un estudio que solo versa

sobre puntos aislados. Seguiremos no obstante, el desarrollo de los acontecimientos mientras estén en relación con el plan trazado.

Coloquémonos bajo el sereno cielo de la Grecia impregnémonos en la sublime azulidad de su atmósfera diáfana, para poder juzgar las instituciones principales que regían en Atenas en la época que estudiamos. Las leyes deben ser la expresión genuina de la voluntad de los habitantes. Por eso pues, por más sabio que haya sido Solón, por más encomiable que sea su genio, no podemos pretender de él una constitución imperecedera. Clístenes, á su debido tiempo, tuvo que reformarla, respondiendo a una necesidad imperiosa, la reforma progresiva de las leyes junto con el cambio evolutivo de los pueblos. Por la misma causa, respondiendo a factores idénticos, fueron reformadas también las modificaciones que introdujera Clístenes. De acuerdo siempre con esa ley de la evolución humana, cambiarán continuamente las instituciones de la antigua Atica ¡Cuán distinta es la Atenas de Solón, á la ciudad de Pericles! Y á pesar de esa diferencia, nadie se atrevería á deslindar superioidades entre una y otra. Las dos fueron muy grandes, porque las dos realizaron el elevado ideal de sus contemporáneos.

Después de los Pisistrátides, la autoridad de los Arcontes había disminuido sensiblemente. Su poder fué eclipsado por el de los estrategas, que en tiempo de guerra tenían el mando en el ejército, conservando el Arconta Epónimo, como vestigio de sus antiguas prerrogativas, un voto preponderante en el Consejo. De esta, Constitución esencialmente democrática, puede deducirse el poder que ejercería la elocuencia sobre un pueblo inteligente, preparado para juzgar todos los asuntos públicos, que rendía sagrado tributo á la intelectualidad. La influencia que Temístocles y Aristides, tuvieron sobre ese pueblo, es el principal objeto de este estudio, porque de ella se desprenderán todos los actos notables que han caracterizado á estos dos hombres.

Herodoto, escritor de imaginación viva e inagotable, pocos datos puede darnos, porque siempre tendremos que temer su poderosa fantasía. Tucídides, que ha hecho de la his-

toria un apostolado ateniéndose siempre a las versiones más exactas, será junto con Plutarco, quien nos ha de servir de guía.

Durante los últimos años de la tiranía, sin poder establecerse fecha fija crecieron en Atenas dos niños; Temístocles, hijo de Neocles y de una extranjera, perteneciendo por su padre á la antigua familia de los Lycomidas. El otro, Aristides, hijo de Lysímaco. Plutarco afirma que se educaron juntos. Sobre este testimonio, solo pueden hacerse conjeturas; pero no sería nada extraño, que siendo los jóvenes privilegiados, de una misma generación, buscaran encontrarse, para disputar con lealtad en los gimnasios.

Eliano cuenta una inieresante anécdota, que á ser verdad nos muestra como á temprana edad, empieza á formarse el caracter indeleble que regirá todos los actos del hombre. Siendo aún niño Temístocles, al encontrar en su camino al tirano Pisistrato, se negó á cederle el paso. Curtivis, con su detallismo penetrante, nos hace ver, recurriendo á testimonios cronológicos, que en el relato de Eliano debe haber un error. Para que este hecho fuera posible, Temístocles, tendría que haber nacido en el año 535, pero como según datos inrefutables, debió morir después del 465, habiendo vivido 65 años, nos lleva á la conclusión, de que el encuentro habrá sido con un hijo del tirano. Por otra parte, poco nos interesa saber si le negó el paso á Pisistrato o a uno de sus descendientes, pues bastante audacia es no apartarse presuroso al paso de un tirano ante quien el pueblo se inclina reverente, por el doble sentimiento del respeto y del temor.

Desde muy jóvenes mostraron dos tendencias opuestas, que van a ser base de su política del futuro, Aristides tuvo siempre un religioso respeto por la legalidad en todos los actos de su existencia. Rendía culto a una ley superior, que arraigó profundamente en su cerebro equilibrado: el concepto del derecho. Preocupóse siempre de los medios como del fin, queriendo llevar todas sus empresas, por el camino de la rectitud y de la justicia. Los que le vieron proceder de niño, pudieron vaticinar, sin temor a equivocarse, que sería siempre un apóstol del bien. De carácter franco y afa-

ble, fué contrario á toda clase de estratagenas, adoptando el arma de los fuertes; el valor y despreciando la de los débiles; la astucia.

Temístocles tenía otro concepto de la vida. Atrevido en sus concepciones, desechó los dones de la poesía, para dedicarse á otra rama de la erudición, que estaba más en consonancia con las necesidades del medio: la elocuencia. Siendo valiente, no despreció nunca esa otra cualidad que su rival desconociera, sirviéndose de la astucia como de arma tan preciada y necesaria como el valor. Era además esencialmente prudente, y si acometió planes atrevidos, fué porque contó siempre con que su talento privilegiado sabría llevarlos á buen termino. Pero por encima de todas estas condiciones que pueden ser discutidas, poseía en sumo grado, una ante la cual debemos inclinarnos con respecto; la inteligencia. Tenía el don de la concepción, una facultad ilimitada de persuasión, y una voz serena y clara, principal atributo del orador forense. Era, en una palabra, un perfecto conductor de masas. Añádase á todo esto, un talento militar estupendo, un conocimiento perfecto de la estrategia unidos á una serenidad incommovible en los momentos más difíciles. Si ahora agregamos que á Temístocles le interesaron poco los medios para llegar a un fin loable veremos claramente el poder irresistible que ejerció sobre el pueblo ateniense.

Aristides trató siempre de no tocar la Constitución de Solón. Temístocles más absoluto, entreviendo el porvenir con su mirada profética, era partidario de una reforma radical que atendiera las exigencias del ambiente. Fué el *alma mater* de esa agrupación, que predicó ante todo un odio á muerte á los persas.

Hubo en la juventud de Temístocles, un hecho que nos demuestra claramente la influencia preponderante que ejerció sobre su generación. Por no ser de pura sangre ateniense, fué excluido de los gimnasios nacionales, teniendo que educarse en el Cinosagro. Temístocles atrajo á este centro de enseñanza, á todos los jóvenes contemporáneos suyos, estableciendo así una perfecta igualdad entre él y los efebos de Atenas. Por otra parte, nada más justo ni más legal-

mente conquistado, que ese lugar prominente que á Temístocles le cupo siempre entre sus compañeros. Una nimia diferencia de sangre, no pudo borrar el sello inequívoco de su personalidad, que caracterizó toda una época constituyendo el prototipo del ciudadano ateniense.

Temístocles fué el primero que reconociendo la posición inmejorable que gozaba el Pireo, lo escogió como el puerto militar de Atenas. Debidamente fortificado, hizo de él una barrera infranqueable á todos los ataques por mar, siendo indudablemente un factor considerable de los éxitos del futuro.

Atenas para elegir sus arcontes, tenía un sistema, que sin explicación previa, nos parecería desplorable, pero que debidamente estudiado y examinado, nos lleva á la conclusión, de que a pesar de no ser el *desideratum* de la justicia, tenía por lo menos, apariencias de legalidad. Nos referimos á la suerte. Pero el azar, solo decidía entre los candidatos que se presentaban para ocupar los puestos importantes del Estado. Como por otra parte, los que aspirasen á ser funcionarios públicos sin tener para ello condiciones reconocidas, se exponían á las burlas de todo el pueblo, llegamos á que la suerte decidía entre ciudadanos que poseían más ó menos las mismas aptitudes para el desempeño de cargos tan elevados. Además reposaba sobre un concepto piadoso. La suerte, no como resultado de una casualidad injusta, sino como producto de una voluntad divina. No entraremos á hacer crítica de esta creencia, que arraigó profundamente en todo el mundo griego. Guardémonos siempre de juzgar religiones, inclinándonos reverentes ante la virtud falible, pero sagrada, de la sinceridad.

OCTAVIO RAMÍREZ.

(Continuará).

EL CONDE LEON TOLSTOI

POR EL VIZCONDE E. M. DE VOGUÉ

Del estudio «La Literatura Rusa»

El grande y merecido éxito de su obra ha hecho de él el representante universal del pensamiento ruso, y, lo que aún es más, el Napoleón literario cuya soberanía reconocen hoy los dos hemisferios. Cuando le presenté mi primer artículo sobre La Guerra y la Paz al director de una gran revista francesa me contestó: «Lo imprimiremos para daros gusto; pero ¿quién se tomará jamás la molestia de leer la hojarasca de ese ruso?» Aparte de los amigos de Turgueneff, influenciados por la entusiasta admiración que este sentía por su compatriota, no hubiera sido posible encontrar en París una veintena de personas que conociesen el nombre de Tolstoi, que después ha dado la vuelta al planeta.

Hace medio siglo que el público ruso supo estimarla debidamente. El joven oficial de artillería, que era un jugador empedernido, perdió una importante suma, de la que no disponía. Para arbitrar recursos con que satisfacer esta deuda de juego, ofreció al editor de un periódico de Moscóu la novela que había escrito en el Cáucaso, durante los ratos perdidos, cuando estuvo destacado en los desfiladeros del Térek. Era esta novela Los Cosacos obra maestra de poesía y filosofía melancólica, en la que se describían por vez primera, en toda su sencillez e íntima realidad, la naturaleza y el alma oriental, sobre las que tanto se había fantaseado hasta entonces. El Conde de Tolstoi no ha vivido para escribir ni ha escrito para vivir, Atento siempre a la observación de cuanto a su alrededor se verificaba y de su propia naturaleza, las atrevidas imágenes de las escenas que contemplaba, proyectábanse de la manera más natural sobre el papel; de un modo semejante al médico estudioso que hace dibujos anatómicos, no por placer de dibujar, sino para estudiar mejor el cuerpo humano y sus enfermedades. Cada vez que ha tomado la pluma ha sido para tratar de resolverse a sí mismo la siguiente cuestión: ¿Porqué no soy feliz? Porqué el resto de la humanidad no lo es tampoco? ¿Como podría conseguirse que lo fuese?.

Durante su primera juventud el Conde asistió a las guerras del Cáucaso y de Crimea. De ellas sacó Los Cosacos y los maravillosos cuadros del sitio de Sebastopol, relatos tan exactos como los que pudiera hacer un Comandante de Zapadores-minadores que estuviese dotado de gran talento pero sintiese una razonada aversión hacia el oficio, triste y noble al mismo tiempo, que desempeñase heroicamente. Desde muy joven contempló su propia vida a la luz de su conciencia, analizando su conformación psíquica. De este examen preliminar de sí mismo surgió aquel despiadado tratado de autopsicología titulado «Niñez Adolescencia y Juventud». Habiendo obtenido su retiro en edad temprana, el ex-oficial fué a ocupar su rango en la sociedad elegante de San Petersburgo.

Vió la corte y el gran mundo; experimentó todas las concupiscencias en que los hombres de su clase disipaban los ardores de la energía rusa, en una época en que el placer era la única ocupación en que ésta se ejercitaba. La embriaguez, el juego, el amor: se desposó con todas las pasiones; y esto con el frenesí que habían alcanzado en un país y en una época en que unos cuantos millares de seres privilegiados poseían millares de siervos, reventaban sus caballos trasladándose, de noche sobre la nieve, a velocidades inconcebibles, para ir a escuchar los enronquecidos cantos de amor que entonaban los bohemios y volvían luego a pedir más fuertes emociones a la carta en que se jugaba una fortuna, y procuraban, por último aturdirse, ahogando en alcohol la voz intolerable de la razón de «la pícara razón» como la llama todavía el viejo apóstol Tolstoi; el enemigo implacable y la incesante tortura de esos corazones indomables a los cuales pretende poner frenos. Este libertino desalentado era por otra parte el observador impasible y clarovidente que acabo de describir. Conciliad, si os es posible, estas contradicciones, y tendréis explicado claramente el genio de Tolstoi, el genio de la raza, cuyo prototipo es él.

Tolstoi había adquirido merced a sus diversas lecturas en todos los idiomas, un saber enciclopédico. No le costó grandes esfuerzos esta cómoda adquisición de una cultura universal, aunque algo deficiente. Encuétrase la con frecuencia en

los rusos, cuya facultad de asimilación es prodigiosa, sin que uno pueda explicarse que les haya sido posible adquirirla sin el menor trabajo.

Después que hubo visto hombres de todas clases y leído de todo género de libros, escribió « La Guerra y la Paz ».

Esta obra es demasiado conocida para que me detenga a estudiarla, los problemas que en ella se planteó el espíritu filosófico de Tolstoi, fueron: lo que era Rusia cuando adquirió conciencia de si misma, en los comienzos del siglo; cuales eran los elementos que la integraban y hacia que ideales se dirigía a tientas. Después de esta evocación del pasado, nos da a conocer el estado de la sociedad actual: Ana Karenine la hace comparecer ante el juez (pués esta es la palabra que sube espontáneamente a los labios cuando contemplamos a Tolstoi sometiendo a la humanidad a un largo interrogatorio) De las dos grandes novelas que encieran en sus páginas toda la vida rusa, la segunda no abraza tantos hechos e ideas como la primera, pero sondea más profundamente las heridas del corazón; describe los desbordamientos de la pasión y los disturbios filosóficos de la conciencia rusa durante la efervescencia de los espíritus que caracterizó el reinado de Alejandro II.

En el momento preciso en que el gran éxito alcanzado por « Ana Karenine » consagraba definitivamente el dominio del escritor en su país, en vísperas de extenderse por las demás naciones su influencia y su fama, en el apogeo de su poder y de su gloria, el caprichoso cometa cambia de cielo, sumérgese en las tinieblas y va a perderse entre las nebulosas. León Nikolaievitch abandona su arte y lo llena de anatemas. Desde entonces sólo ha tomado la pluma para acumular acusaciones contra ese mismo arte y contra la civilización en que florece, contra el amor, la guerra, la ciencia y la iglesia constituida. Sus tratados teológico-racionalistas se suceden sin interrupción: « Mi Confesión », « Mi Religión », « Comentarios sobre el Evangelio ». Prisionero de sus propios pensamientos. cuyas cadenas trata de romper, obstínase en escudriñar su alma para simplificarla, y todos sus esfuerzos giran constantemente en un círculo de complicaciones que siempre son las mismas. No sabe a ciencia

cierta lo que desea, y sin embargo, sus vagas aspiraciones son vigorosas y vehementes; y, sobre todo, tiene conciencia de que se afana y lucha por la obtención de algo que no existe.

Tolstoi mismo dió una solemne negativa a las blasfemias que contra su arte había pronunciado, volviendo a el de nuevo. A los setenta años escribió el gran anciano otra hermosa novela. «Resurrección» vino a acrecentar la admiración que el mundo sentía por el escritor, que jamás había estado más enérgico, más emocionante, ni más dominador de la vida que tan hábilmente retrataba en sus inolvidables descripciones.

¿Debemos, pues, suponer que haya sobrevenido un cambio una solución de continuidad en el pensamiento y en la labor de Tolstoi? De ningún modo; y el que así lo juzgara sería por haber comprendido mal esta obra. En un tomo de artículos pedagógicos muy antiguo, el escritor resumía su ideal en estas palabras. «Pretendo enseñar a los hijos del pueblo a pensar y a escribir, y soy yo, en realidad, quien debía aprender en su escuela a escribir y a pensar. Buscamos nuestro ideal delante de nosotros, y los tenemos a las espaldas. La evolución del hombre no es el medio de realizar este ideal de armonía que llevamos en nosotros mismos, sino que, por el contrario, es un obstáculo para su realización. Un niño robusto está más próximo a los seres que carecen de entendimiento, al animal, a la planta, a la naturaleza, que es el eterno tipo de la verdad, la belleza, y la bondad».

Olenine, el joven protagonista de « Los Cosacos », intenta despojarse de su civilización para aproximarse más a la asiática Mariana, más dichosa por hallarse más próxima a la naturaleza. En « La Guerra y la Paz » el conde Bezouchoff ha recorrido todos los sistemas filosóficos, y sin embargo, un pobre soldado de obscura inteligencia, que apenas si sabe pensar, Platón Karataiéff, opera en su alma, con algunas sencillas palabras, tal revolución moral que Bezouchoff queda humillado, y su espíritu pacificado y esclarecido. De un modo análogo en « Ana Karenine », el atormentado Levin encuentra remedio en la renuncia de si mismo que aprendió en las palabras y en el ejemplo del mujick, Fedor

Todos los personajes creados por la imaginación, de Tolstoi han tenido las mismas aspiraciones; todos le han precedido en el camino que él ha seguido mas tarde, cuando fué a la escuela de los labriegos, y aprendió o al menos creyó aprender, la ciencia esencial, que consiste en saber poco, en pensar menos, en buscar el reino de Diós sobre la tierra, sin preocuparse del más allá, procurando realizarlo en este mundo por la abolición de las guerras, de los tribunales de justicia, de las industrias y por la vuelta, en fin a la vida pastoril. Más, al Rousseau de nuestro siglo — porque es él quien reaparece despues de un intervalo de cien años, vestido a la rusa, — le ocurre lo que al auténtico, esto es, que no continúa sus teorías hasta su lógica conclusión. Para librarse por completo de la depravación de pensar, sería necesario convertirse en animal, en planta o en piedra; sería preciso abismarse en el nirvana, y por nihilista, por budista que sea a veces este discípulo de Sakia-Mouni, que cree enseñar la doctrina de Jesucristo, no osa seguir hasta sus enseñanzas postreras las revelaciones de su verdadero maestro. Sin embargo, en el antiguo mundo de la India es donde debemos buscar el polo de atracción que obra con fuerza irresistible sobre esta alma y sobre todas las almas rusas que representa.

Tolstoi, con sus esclarecidas dotes sus aspiraciones quiméricas, y sus negativas excesivamente duras y absurdas para nuestro Occidente, es siempre el gran genio que ha dado expresión por primera vez al espíritu de su raza. León Nikolaievitch no es más que un ruso, todo lo que ha visto y ha dicho ha sido de su país; confusamente, porque el asunto es confuso; con grandeza, porque es grande al mismo tiempo. Es sólo un ruso y a pesar de ello se desborda por toda la humanidad: porque además de las particularidades de su raza, abarca los caracteres específicos comunes a todos los hombres.

SIMBIOSIS

A mi amigo Eduardo C. Isola

Simbiosis del griego: que vive conjuntamente. —

Teniendo que definirla, diremos que es la asociación de dos organismos colaborando en una vida común. En esta asociación cada organismo tiene sus ventajas, pero más adelante veremos que no son las mismas.

Nunca podremos confundir la simbiosis con el parasitismo; el diferenciamiento radical, está en que en este último no existe una reciprocidad de ventajas; el organismo parásito, con raras excepciones, es el único beneficiado, siendo así que el parásito es casi siempre un grave perjuicio para el organismo que habita, al paso que en la simbiosis o asociación simbiótica, existen beneficios, siempre, para los dos asociados.

Estas asociaciones pueden verificarse, entre dos vegetales, dos animales, o un vegetal y un animal.

Estudemos un ejemplo del primer caso. Entre los muchos que existen, es sin duda uno de los más marcados y más curiosos de asociación simbiótica, el que nos ofrecen los líquenes, planta no autónoma perteneciente al grupo de las Talofitas, a estos líquenes hoy se les estudia considerando los como formados por dos plantas que se asocian: un hongo y un alga, para aprovecharse mutuamente de las ventajas que les aporta la vida en común (simbiosis).

Estudiando la organización de los líquenes, descubriremos en ellos unas células incoloras muy largas y ramificadas, denominadas hifas y otras redondeadas provistas de clorofila llamadas gonidios.

Estas células tan diferentes en su estructura, fueron estudiadas por Schwendener, quien indicaba que en los líquenes, existía una verdadera asociación en donde las hifas pertenecían al organismo hongo y los gonidios al alga.

Esta teoría aceptada por la mayor parte de los naturalistas, fué confirmada más tarde por algunos sabios, quienes, por vía sintética obtuvieron varias especies de líquenes; además la observación ha demostrado que en estas plantas,

siempre se encuentran los mismos elementos citados, es decir las hifas y los gonidios, por lo que deducimos que no son plantas autónomas.

En el ejemplo que estudiamos, los órganos reproductores, corresponden siempre al hongo y están representados por esporas, este hongo pertenece casi siempre a los ascomicetos discomicetos o a los ascomicetos pirenomicetos.

El alga asociada es también siempre de un orden inferior, una clorofita o una cianofita.

Estas algas, tienen uno de los medios más sencillos de reproducción, carecen de estos órganos, por lo que todos los que se observan pertenecen como ya dijimos al hongo.

Más arriba hablamos de que en las asociaciones simbióticas, o más sencillo en las simbiosis, los organismos que se reúnan no disfrutaban por igual de ventajas.

Siempre siguiendo con el ejemplo que estudiamos, vemos que el alga puede vivir indefinidamente sin asociarse al hongo aunque esta vida no sea la mejor — siempre que encuentre en su medio suficiente humedad, al paso que el hongo se desarrolla muy poco cuando vive aislado, teniendo necesidad de una asociación para quitarle al alga los alimentos carbonados; el alga a su vez se aprovecha del hongo, para pedirle a éste abrigo humedad y el elemento asado y mineral útil para su existencia.

Vemos pues que el hongo y el alga asociados, forman el cuerpo de los líquenes, plantas muy numerosas en la vegetación del globo, estableciéndose así que el concurso de dos unidades morfológicas, constituye una sola unidad fisiológica.

En otro número nos ocuparemos de las asociaciones entre un vegetal y un animal y entre dos animales, dejando para el final las teorías más admitidas que explican e interpretan estos raros consorcios.

E. DURÁN FEIN.

EL GENIO

(Conclusión — Véase el número anterior)

Como desde luego, admirarse de que los hombres así dotados o más bien abrumados por una superioridad demasiado consciente y evidente no sean desconocidos, malditos y tratados de locos « ¡Que horrible y dolorosa condición! exclama, el infierno no sabría inventar peor tortura que la de ser acusado de debilidad anormal hasta por causa de una fuerza anormal. (1)» Y sin embargo, ¿Poe no ha hecho decir por su parte al amante de Leonor lo siguiente?

« Los hombres me han llamado loco: pero la ciencia no ha decidido aún si la locura es o no es la más alta inteligencia, si casi todo lo que es gloria, profundidad no se deriva de una enfermedad del pensamiento, de modalidades de almas exaltadas a expensas del intelecto general. Los que sueñan con el día están al corriente de muchas cosas que pasan desapercibidas a los que sólo sueñan con la noche. En sus visiones sombrías gozan con la visión de aparecidos de la eternidad y vibran al despertarse con la idea de que han estado en el borde de gran secreto. Aperciben confusamente algo del sabio conocimiento del bien y más aún de la única ciencia del mal. Penetran sin timón y sin brújula en el vasto océano de la luz inefable, y como los aventureros del geógrafo nubiano *aggessi sunt Mare Tenebrarum, quid in eo esset exploraturi* » (2)

Pero Poe ha preferido por consecuencia reaccionar contra esta temeraria idea ha preferido creer a propósito de Hawthorne, que la originalidad consiste no en una singularidad inmutable, pero sí en un perpetuo renovamiento de creaciones variadas que su obra multiplica y por consiguiente le parece una prueba decisiva. Incomparable autor de los más populares cuentos fantásticos, místicos y humorísticos ¿no es, como pudiera creerse en efecto, tan eminente crítico como poeta inspirado, tan prestigioso analista como intuitivo metafísico? Sin duda el mundo envidioso no sabría admitirlo; no sabría admitir, dice, que el hombre que ha compuesto antes un gran poema pueda en otras circunstancias tener éxito en la correspondencia y sobretudo en las ciencias; no podría concebir la existencia del genio universal.

(1) — VII — 221

(2) — I — 203

« El más alto genio, dice más adelante Poe (lo escribe en 1849), el genio que todos los hombres reconocen desde el primer momento como tal el que acciona tanto sobre el individuo como sobre las masas por una especie de magnetismo incomprensible, aunque irresistible, este genio que se manifiesta en los gestos más simples y hasta por la ausencia de gestos, este genio que habla sin voz, y fulgura en nuestros sueños, no es más que el resultado de una vasta potencia mental en un estado de *proporción absoluta* sin predominio ilegítimo de ninguna facultad. El genio ficticio, al contrario, este genio que no es más que el predominio anormal de alguna facultad sobre todas las otras, es el resultado de una enfermedad mental o más bien de una deformación orgánica del espíritu, y no otra cosa. Ese genio no escollará si se desvía únicamente de la senda a la cual lo guía una facultad predominante; pero aún mismo siguiendo este sendero, desde el momento que produce estas obras para las cuales es evidentemente el mejor predestinado, no dejará de suministrar innegables pruebas de su morbidez desde el punto de vista de la inteligencia general. De ahí esta idea justa: el genio es próximo pariente de la locura (1) »

¿ Es necesario insistir y demostrar una vez más que aún la variedad de las tentativas de Poe no hace, por lo contrario, más que probar tanto por sus fracasos como por sus éxitos hasta las limitaciones de su pretendido genio universal? ¿ y no vale más concluir la descripción del genio eminentemente parcial de Poe por sus propias anteriores palabras? « Lo que el mundo llama genio es una enfermedad mental que resulta del predominio ilegítimo de alguna de las facultades. Las obras de un genio tal no son jamás sanas en sí mismas y sobretodo no dejan jamás de traicionar una morbidez general. » (2) Poe no podía evidentemente definirse mejor a sí mismo.

En este grupo extremo de los talentos o genios francamente mórbidos, Poe, desde luego, está lejos de ser único; y por lo tanto sería temerario asociarlo pura y simplemente a todos los grandes hombres y como consecuencia habría que negar que un buen número de esos grandes hombres se aproximan más o menos a él.

Es suficiente para convencerse de ello echar una ojeada sobre los diversos aspectos de la civilización humana. La literatura americana que no cuenta más que algunos nombres ofrece ya en Walt Whitman un digno parecido con Poe. La literatura inglesa nos presenta desde el Siglo XIV al visionario autor de *Picis the Plowman*; en el Re-

(1) No se debe olvidar que este pasaje del Capítulo de Sugestiones (VIII - 339) fué escrito en 1849 en el período tan característico que precede a la muerte de Poe.

(2) VIII - 339

nacimiento, toda la banda o gavilla desequilibrada de los genios bohemios que rivalizan en patéticos horrores con el intenso Shakespeare: Marlowe y Greene sobre todo, como más tarde Otway, cuyas vidas no fueron menos trágicas que sus obras; en el Siglo XVII, el libresco y fantástico sutilista quintaesenciado Burton, el poeta Denham que estuvo loco, el pobre Natanice Lee que probó hasta en su hospicio que es menos fácil escribir como un loco que como un tonto; el pérfido y depravado Rochester, este brutal rival del versátil Dryden, y el prosaico émulo del fanático, aunque sublime, Milton, Bunyan, cuyas vivientes alegorías tienen toda la intensidad de visiones alucinadas; en el Siglo XVIII por no hablar del sospechoso panfletista Defoe, del irascible enano Pope, del mórbido y alcohólico Parnell, del pródigo e impulsivo Steele del paradojal y negligente ergotista (chicaneador) Warburton, del colérico y virulento pedante Johnson, del pusilánime Beattie en las curiosas manías, del melancólico y contradictorio Sterne, de los imprevisores vividores Fielding, Smollet y Sheridan, no tenemos al pobre bastardo y perseguido Savage, el áspero satírico y desequilibrado Churchill, el genial y misántropo, Swift, predestinado como él lo decía, *a morir repentinamente*, el excéntrico Goldsmith tan irresponsable como inconsciente, los tres falsarios: Logan tan atildado, Chatterton tan precoz, Macpherson tan hábil, los tres locos místicos: Smart tan incorregible, Collins tan exquisito, Cowper tan amable, el vibrante; Burns, víctima prematura de dos pasiones inconcebibles, y sus dos infortunados rivales de la plebe rústica, el escocés Ferguson y el inglés Bloomfield, en fin el incoherente Blake cuya obra entera, arte, poesía y teosofía no es casi más que pura locura A la parálisis de Southey, de Scott y de Hood, a las tisis de Keats y de Mrs. Barrett Browning, el siglo XIX agrega el triste espectáculo de las excentricidades del pródigo Beckford y del fantástico Maturin, de la locura del paisano poeta Clare, de las románticas extravagancias de Byron, de las amorosas inconsecuencias de Shelley sonámbulo y alucinado y de las invencibles pasiones de Quincey y de Samuel Coleridge para el opio; de Hartley y de Coleridge

para el alcohol y de Rossetti para los narcóticos.

No menos rica en superioridades mórbidas, la Alemania ofrece al mas superficial examen el belicoso franciscano Mürner, el bohemio silesiano Günther, los alucinados Lavater y Juny Stiling, el sin igual impulsivo Bürger, el enfermizo y melancólico Mathisson, el endemoniado Müller pintor y poeta, el miserable e incomprensible mago del Norte Hamann, el pobre loco platónico Hoelderlon, el bizarro voletudinario Luchtenberg, el dulce soñador Novales, el desorientado y sentimental humorista Juan Pablo, los nebulosos alegoristas Fouqué y Chamiso, el alcohólico y fantástico Hoffman, el místico ó incoherente vividor Werner, el inestable de Pleist que concluye por el suicidio pasional, el extatico y fúnebre Koerner, el pobre loco melancólico Lenau, el móvil y mórbido Heine, el enfermizo y pesimista Hartman, en fin el infeliz prohombre Nietzsche, cuyas periódicas contradicciones son cruelmente características.

Si la literatura francesa presenta menos talentos y genios por anormales, es talvez porque el espíritu francés, naturalmente más mediano, (1) ha sufrido más largo tiempo la firme disciplina moral del siglo XVII; no la poseemos menos firme para no citar más que nombres más o menos indiscutibles; el bohemio patibulario Villon, el extravagante Rabelais, los extraños bohemios Théophile de Viau y Cyrano de Bergerac, el místico alucinado Pascal (2) el contradictorio y sospechoso Juan Bautista Rousseau perseguido, así como su irritable discípulo Bernardino de Saint-Pierre, por el delirio de las persecuciones, los enfermizos Gilbert, Hégésipe, Moreau y Marie de Biran, los dos románticos Châteaubriand y Jorge Sand cuyas juventudes melancólicas y turbulentas fueron igualmente obsesionadas por los impulsos al suicidio, los apocalípticos Ballanche y Laménais, el pobre neurótico Musset, el neurasténico Baudelaire, el alucinado de Nerval, el epileptico Flaubert, el morfisiómano Maupassant, los anormales Mürger y Verlaine. Nacida apenas, la literatura rusa cuenta ya al loco místico Gogol y al epiléptico Dostoiewski.

¿Que sería si investigáramos dentro de las otras *esferas* de la civilización humana? Citemos, al azar, entre los reformadores

religiosos: los alucinados Mahomet, George Fox, Swedenborg; entre los hombres de Estado: los impulsivos Alejandro, Pedro el Grande, y Carlos VII de Suecia, los hipocondríacos Luis XI, nieto de Carlos el Simple, Carlos V, (hijo de Juana la Loca), y Felipe II, los epilépticos César y Napoleón; entre los sabios: los extravagantes Kepler y Cardon, los locos Linné, Newton y Comte. entre los artistas, los criminales Benvenuto Cellini y Carravage, los notables (estacionarios) Callot y Goya; entre los músicos casi todos ultranerviosos el apoplético Hoendely Schuman, muertos en estado de locura, Chopin muerto de tuberculosis y el demente Donizeti. Pero suspendamos aquí estos lamentables anales de la humana grandeza, cuya recordación es más triste que la de un martirologio.

(1) «La nitidez en la simplicidad» parece a M. Ribot (*Imaginación Creadora pag. 161*) caracterizar la imaginación francesa. El francés, dice lo mismo, M. Fouillée (*Psicología del Pueblo Francés p. 185*) no tiene generalmente la imaginación muy fuerte. Su visión interior no tiene ni la intensidad alucinadora ni la fantasía exuberante del espíritu germánico y anglo-sajón: ella es más bien una vista intelectual y lejana que una resurrección sensitiva, que un contacto y una posesión inmediata de las mismas cosas. Nuestra inteligencia, guiada a deducir y a contribuir, aumenta menos su superioridad, representándose cosas reales que en describir encadenamientos de cosas posibles o necesarias. En otros términos, es una imaginación lógica y capaz de combinar que se adapta a lo que se ha llamado el *dibujo* o mejor *bosquejo* abstracto de la vida. Los Chateaubriand, los Hugo, los Flaubert, los Zola están entre nuestros genios excepcionales. Nosotros razonamos más que lo que imaginamos.»

(2) Se conocen menos las alucinaciones del enfermizo y solitario Descartes que las de Pascal: está por lo tanto autenticado que en la famosa noche del 10 de Noviembre de 1619 como consecuencia de un descubrimiento filosófico, tuvo tres sueños consecutivos, los que atribuyó a la intervención divina y en consecuencia formuló el voto que cumplió más tarde, el cual consistía en dirigirse peregrinando a Nôtre Dame de Lorette; tal vez nació de esa promesa su insistente frecuencia de las Rose-Croix. Se sabe que el débil Malebranche, que pasa igualmente por haber sido alucinado, en sus meditaciones filosóficas tenía la costumbre de retirarse a su celda, privada de luz, y allí, en la oscuridad pedir al Divino Maestro los secretos de la verdad y de la virtud. La atención dice, es, una plegaria natural por medio de la cual conseguimos que la razón nos ilumine.»

Si esos anales no demuestran con certeza que estos grandes hombres fueran lo que se llama locos (absurda exageración que no ha pasado por nuestra mente), no revelan sinó con demasiada evidencia que su superioridad se encuentra amenudo asociada a alguna inquietante anomalía física o mental; y el infeliz Poe tan lleno de defectuosidades manifiestas no se encuentra en ellos sinó en compañía que es demasiado numerosa y gloriosa.

(continuará)

EL PUEBLO HEBREO

Fragmentos de una conferencia leída en el aula de Historia Universal del Liceo de Enseñanza Secundaria N.º 1

Se ha dicho que la Biblia no merece el nombre de Historia, a responder a ésto va el primer punto que versará sobre el *valor crítico histórico* de la Biblia y en especial de sus cinco primeros libros o Pentateuco que son los más discutidos. Se ha dicho además que los hechos extraordinarios que en la Biblia se narran son leyendas o hechos que se explican por causas naturales, para satisfacer estas dificultades estableceré el segundo punto que versará sobre la *posibilidad del milagro*.

Autoridad de la Biblia

Para que un libro goce de completa autoridad debe reunir tres caracteres: autenticidad, integridad y veracidad substanciales.

1.º. La autenticidad sustancial:

Es necesario que el libro al menos en su parte esencial, se remonte hasta el autor a quien se atribuye (o si el autor es desconocido o dudoso a la época que se le asigna) bien que hayan podido ser utilizados por él documentos anteriores a su época.

2.^{do} La integridad sustancial:

El Libro debe haber llegado a nosotros sin haber sufrido alteración en la sustancia de las cosas y sin adiciones contrarias a los datos esenciales del fondo primitivo.

3.^o. La veracidad sustancial:

Es decir que las cualidades morales y las circunstancias todas deben poner al principal autor, y a los que hayan explicado o completado los primitivos datos a cubierto de toda suposición de error o de mentira.

Cuando una obra reúne todos estos caracteres, ningún hombre cuerdo puede negarse a admitir como ciertos los hechos que en ella encuentra consignados y entonces constituye un documento fehaciente (G. Devivier-Curso de Apologética Cristiana - tomo - 1 - pag. - 201)

Autenticidad del Pentateuco

Esta autenticidad se prueba 1.^o. Por el testimonio tradicional unánime y constante de los *judíos así antiguos como modernos*.

En primer término los *escritores sagrados* de la nación judaica (y no porque sean *sagrados* dejan de tener conocimiento de lo que afirman sino muy al contrario) citan o presuponen el Pentateuco como obra de Moisés (Véase *Mangenot* L'autenticité mosaïque de Pentateuque); no me propongo citar textos, se pueden ver citados en Devivier curso completo de Religión, pag 204 y en la misma Biblia p. c. en el libro 1 de los Paralipómenos cap XVI versículo 40 y 1 Esdras cap III-2-etc. etc.

Textos como éstos diseminados en toda la Biblia nos enseñan lo que pensaba la *nación judía* antes de la era cristiana, acerca de la composición del Pentateuco.

Además los críticos atestiguan que a partir de la época en que se escribieron los Paralipómenos, y se hizo la traducción llamada de los Setenta, los Judíos miran a Moisés como al autor del Pentateuco. No hay para que demostrar, porque es claro, que lo mismo pensaron los judíos contemporáneos de Jesu-Cristo y que aún en nuestros días continúan sostniéndolo dispersos por el mundo. Y no se me

diga que yo supongo lo que debo probar, puesto que pruebo la autenticidad de una parte de la Biblia por el testimonio de otros autores de libros de la Biblia, porque en primer lugar, no todos los testimonios que he citado son de autores de libros de la Biblia y en segundo lugar tomado el argumento en su conjunto como *tradicón unánime y constante del pueblo judío*, del pueblo más aferrado a sus tradiciones es suficiente para probar mi aserto.

Porque nadie puede conocer mejor al autor de una historia nacional que la misma nación, cuya es la historia, pues bién, siendo el Pentateuco no solo la Historia sino también el Código del pueblo judío nadie mejor que éste puede señalarmos su origen.

Y no solamente los *escritores sagrados* sino también los *historiadores profanos* nos permiten llegar a la misma conclusión. Josefo y Filón (véase *Mangenot*, obra citada pag. 225 Cornely pag. 196.) los representantes de las dos fracciones del judaismo, palestino y alejandrino nos dicen que Moisés es el autor del Pentateuco.

Josefo en su libro *Contra Apión*, 11 N.º 8 nos da el catálogo de 22 libros que los judíos tenían por inspirados entre los cuales figuran, en primer término los cinco libros de Moisés. En las *Antigüedades judaicas* (L. I. c I; y L. IV c VIII) resume los libros de Moisés y al final de su relato, refiere que, habiendo dado Moisés a los Israelitas sus últimas recomendaciones, les entregó el manuscrito que contenía la divina legislación y que él mismo había redactado.

Filón de Alejandría, cita constantemente en sus escritos el Pentateuco como obra de Moisés (*De vita Moisés* 1, II.) Y no sólo los historiadores judíos sino también los *escritores de otras naciones*. Celso Porfirio y Juliano el Apóstata, que combatieron al Cristianismo en sus comienzos con toda clase de armas y que por tanto hubiesen tenido capital interés en negar la autoridad de estos libros, jamás acusaron a los judíos o a los cristianos de apoyar sus doctrinas sobre documentos apócrifos, lo cual ciertamente no dejaran de hacer si les hubiera sido posible.

Esta prueba *extrínseca* sacada del testimonio es suficiente para dejar bien sentada nuestra tesis, pero muchos más

argumentos la prueban.

2.º Argumento intrínseco.

Dos puntos contiene el antecedente de este argumento a) en los libros del Pentateuco se dice que el mismo Moisés es su autor; b) lo que contiene el Pentateuco (historia, costumbres, geografía etc) está en perfecta armonía con los tiempos en que vivió Moisés. De donde fluye lógicamente que no hay dificultad *intrínseca* en que sea Moisés el autor del Pentateuco.

Para convencerse de lo 1º. basta leer los siguientes pasajes: Exodo, 17,14; 24,4; 34,27; Num. 33.2. Podría objetarse que Moisés sólo escribió estos cuatro principales puntos no todo el libro; pero por su peso cae la dificultad al leer el versículo 9 y sgg. capítulos 31 del Deuteronomio. Y para mayor evidencia de lo que vamos tratando, pasemos a lo 2º. el contenido del Pentateuco conviene a maravilla con el tiempo de Moisés. 1) M. Vigouroux en su sabio libro «La Bible et les decouvertes modernes» III prueba hasta la evidencia la concordancia del Pentateuco con los monumentos egipcios del tiempo de los Ramsés y por lo mismo el autor de tal libro conoció muy bien el Egipto, sus usos y costumbres. Lo mismo prueba respecto de la Biblia y el Oriente antiguo nuestro ilustre Mons. Soler en sus «Viajes por países bíblicos» pag. 147 sgg. y 273 sgg.

2) La índole de las narraciones de los cuatro últimos libros del Pentateuco son las propias de un testigo ocular más aún del conductor del pueblo judío; pues un escritor posterior hubiera hecho una exposición *metódica y regular* de la legislación de este pueblo, no fragmentaria y entremezclada con los hechos como se vé en el Pentateuco; la *misma minuciosidad de los detalles que se ve a cada paso* denotan igualmente un testigo ocular y auricular, pues para redactarlos el autor ha debido escribir necesariamente bajo la influencia de los hechos.

3) Además el Pentateuco es el monumento histórico legislativo del pueblo judío en el cual Israel (como nota Vigouroux) está muy lejos de sernos presentado por el lado halagüeño, como lo hubiera hecho un admirador de sus antepasados al recordar esta parte épica de su historia; por el contrario el narrador del Exodo se nos muestra

enlazado en las escenas que narra; presenta a Israel como un pueblo de dura cerviz, descontentadizo, sin sentimientos elevados.

El gran suceso de la salida de Egipto, el triunfo de Israel que nace a la vida pública después de las omnominiosas leyes de los Faraones, no sólo no es la apoteosis del pueblo judío sino su condenación terrible, por cuanto ingratos a Jehová que los libertó y salvó de Faraón, lo olvidaron, para adorar el becerro de oro.

4) Lo mismo prueban los recuerdos de Egipto numerosos y exactos del pueblo judío descrito en el Pentateuco ¿cuántas veces en el desierto comparan hasta los menores peligros que les amenazan con su vida bajo los Faraones?

¿Cuántas veces no les intima Jehová adoración y obediencia porque los ha sacado de Egipto? Este es el recuerdo del legislador para que guarden la ley (Véase Exodo 20,2; 13,3; 16,6; 29,46; 22,20;) Levit 11,25; Deut. 5,15. etc).

5) Finalmente no sólo toda la legislación, escrita según iba formándose en la peregrinación del pueblo judío y según las circunstancias, como las leyes de la blasfemia (Exodo 20,6, 22,7; Lévit 24,10 sgg.) las de la pascua (Exodo 20,10; Números 12,1 sgg; Números 5,2 sgg; 9,6 sgg); las del sábado (Exodo 20,10; Números 18,32 sgg) no sólo toda la legislación, sino aún su misma narración manifiesta sin sombra de duda que el Pentateuco fué escrito en el desierto.

Basta leer lo que prescribe para los sacrificios, que supone que el pueblo está en el desierto en tiendas de campaña (Lévit, capítulos 1 al 7, cap. 13,14 y casi a cada paso); en otros lugares se supone que el tabernáculo de la alianza estaba cercano a todos los israelitas (p. ej. Levit 17,3 sgg; c - 15 versículo 14, 29, 31; 12,6) otros pasajes suponen que vivía Aarón y sus hijos p. ej. Levit 2,2; y 2,10; 16,2. Números 19,3; Exodo 28,1 sgg.

La misma narración del viaje muestra que el autor es testigo ocular; en el tabernáculo solo se usan cosas del desierto; además de los tesoros llevados de Egipto se usa la acacia (y no el cedro o encina tan comunes en Palestina y no en el desierto), la piel de Thachasch (Exodo 25,5) es tan desconocida en Palestina que solo se nombra una

vez en los demás libros sagrados (Ezequiel 16,10).

Confirman lo mismo hasta la evidencia, los pasajes: Exodo 15,22; 16,1; 19,1 al 3; 24,16; 1,15; Lévitico 10,1 y 4; 24,11; Exodo 31,2; 35,20; números capítulos y al 4; 13,1 al 13.

Un argumento que vale por muchos y se explica por todo lo dicho hasta aquí. Con grande ánimo y mucho aparato científico se han levantado hace ya bastantes años los llamados sabios modernos (géólogos y sobre todo arqueólogos etc.) para impugnar el Génesis y en general toda revelación divina; han revuelto el museo inmenso de la historia, enterrado en las estratificaciones y en los monumentos antiguos y he aquí que en vez de dar con las suspiradas contradicciones entre la Biblia y la ciencia han hallado que cada nuevo descubrimiento confirma la Biblia de manera contundente.

¿Cómo se explica tal hecho si la Biblia y sobre todo el Pentateuco es un embrollo de fábulas sin realidad histórica? Basta en este punto citar a Vigouroux: «La Bible et les découvertes modernes»; a Pelt; » Histoire del'«Ancien Testament»; a Mangenot: «L'Authenticité mosaïque du Pentateuque» y dejemos este punto, pues sería interminable demostrar la concordancia del Pentateuco con los descubrimientos egipcios y orientales.

Y vengamos ya a la *integridad* del Pentateuco. Claro está que la mayor parte de los argumentos que prueban la autenticidad, prueban también la integridad del Pentateuco: esto es que no haya en él contradicción ninguna ni interpolación que lo desfigure sustancialmente.

Pero no me contentaré con el argumento general. Hasta épocas remotísimas está probado ya por Renicot de la comparación de 581 manuscritos y por de Rossi con otros 825. Existe además la tradición constante y pública de los Judíos; ahora bien para contrarrestarla exigimos pruebas y no afirmaciones categóricas.

Otro argumento.— En el Pentateuco es imposible una alteración esencial y se prueba al punto: este libro es el Código y a la vez la historia y norma de vida del pueblo judío, por tanto si hubiera sido alterado, esencialmente

también necesariamente hubieron cambiado las creencias, leyes, costumbres del pueblo, lo cual no hubiera sucedido sin gravísimas protestas (más tratándose del pueblo más tenaz y duro en sus tradiciones).

Además está el testimonio de Josefo según el cual era tan familiar a los Judíos el Pentateuco que hasta sabían las veces que está repetida cada letra (será exageración? por que motivo?). Añade después:

«Nadie se ha atrevido jamás a añadir, quitar o cambiar la menor cosa, Nosotros tenemos estos libros como divinos y así lo nombramos, hacemos profesión de observarlos inviolablemente y de morir gozosos, si es menester, por su conservación».

En fin nos garantiza lo mismo la versión griega de los 70 sabios de Alejandría, difundida antes que se cumplieran las profecías del Mesías.

Y pasemos a la veracidad, porque se alarga mucho mi trabajo: Moisés no se engañó ni quiso engañarnos, luego su obra es veraz. Vamos a probarlo por partes.

Moisés no se engañó. Respecto de los hechos de los 4 últimos libros del Pentateuco, hechos *acontecidos en su tiempo*, Moisés debió necesariamente conocerlos perfectamente, porque eran hechos sensibles, de interés excepcional, en los cuales, por orden de Dios, era él actor y testigo; y más director o realizador de muchos; por donde si no se admite su testimonio, hemos de echar por el suelo toda historia y toda ciencia y todo buen sentido, porque hasta el presente el testimonio humano con las condiciones enumeradas es fuente de certeza; optad pues por uno de los dos extremos o mostrad un medio entre ambos.

Ni se engañó Moisés respecto de los *hechos anteriores a su tiempo*; porque éstos los recibió por tradición. Estos hechos eran de mayor importancia, por otro lado no se puede explicar, sin una revelación hecha a los primeros hombres, la concordancia de todos los pueblos primitivos en las capitales cuestiones del Génesis (creación, diluvio, restauración del género humano etc.)

Ahora bien de Adán a Moisés muy fácil es la tradición por la longevidad de los primeros patriarcas, pues entre

Moisés y Adán sólo hay cinco individuos: Caath, Jacob, Abraham, Sem, Matusalén. Lamech padre de Noé había conocido a Adán;

Noé vivió 300 años con su abuelo Matusalén, quién tenía 340 años cuando murió Adán; los hijos de Noé hablaron y vivieron con Matusalén, su bisabuelo, Abraham vivió 150 años con Sem, hijo de Noé. Cuando murió Abraham ya había nacido su nieto, Jacob, cuyo padre fué Isaac, pudo muy bién hablar con Sem, Salé y Heber que habían conocido a Noé. Por donde con suma facilidad se transmitió la revelación primitiva, hallado con mayor o menor nitidez en los pueblos de la antigüedad.

Moisés no quiso engañar: tal es según la historia y la revelación, la virtud, buena fé e imparcialidad de Moisés que su libro es norma de vida y ley de todo el pueblo judío. Además *sus escritos* están señalados con la sinceridad y rectitud: no habla con ambages ni presunción, no disimula las faltas de sus antepasados ni las del pueblo que rige en nombre de Dios, ni los castigos que por ellas reciben.

En tercer lugar Moisés exige del pueblo confianza porque atestigua con milagros (obras exclusivas de Dios) que estaban patentes a los ojos de todos, que el ha recibido de Jehová la ley que da a los judíos. Pero para convencer al que aún pudiese dudar, probaré que Moisés *no pudo engañarnos:* la mayor parte de los hechos por él referidos son públicos y de la mayor importancia; sobre ellos funda la autoridad que se atribuye y la ley que impone al pueblo; los describe no en general sino con todos sus detalles designando lugares y personas (como lo hemos visto en el decurso de ese trabajo); los escribe a medida que van sucediendo para que el pueblo los lea; apela él mismo para probar su veracidad a sus contemporáneos y a todo el pueblo, p. ej: en los capítulos; 48.9 del Deuteronomío. Si estos hechos eran falsos, ¿cómo los recibió el pueblo judío tan propenso a murmurar contra su legislador, cómo no reclamó pues que a sus ojos habían sucedido tales hechos: cómo se sujetó a la ley que de parte de Dios les imponía Moisés?

Las mismas festividades de los judíos, religiosas y civiles,

como la de Pascua, Pentecostés, y de los Tabernáculos, las ceremonias, como rescatar los primogénitos, sus cánticos sagrados; todo atestigua la perpetuidad de los prodigios de la salida de Egipto, la publicación de la ley en el Sinaí, la permanencia en el desierto y otros portentos obrados por ministerio de Moisés.

Los mismos sucesos, en que no fué Moisés autor ni testigo estaban en la memoria de todo el pueblo, por lo cual no se hubiera podido quitar o añadir nada sin universales reclamaciones.

De todo lo dicho y probado hasta aquí resta sacar la conclusión final: El Pentateuco es de Moisés y es un documento fehaciente.

Pueden estudiarse los pretendidos conflictos entre el Pentateuco y la ciencia en Devivier, t I pag. 216 sgg; Mendive. La religión vindicada, en toda la obra; Cámara: Contestación a Draper, en toda la obra y en otros muchos que sería largo enumerar.

Pero visto el código e historia del pueblo hebreo, ocurre otro problema transcendental, por el contexto del mismo libro: en él narran hechos prodigiosos (las señales que Dios da en Egipto a Moisés para que el pueblo lo reconozca como enviado suyo; lo que el mismo Moisés hace en presencia del Rey, el paso del mar Rojo y del Jordán etc etc), hemos probado que el Pentateuco es fehaciente, luego estos hechos son verdaderos. Pero la dificultad está en atribuirles su causa. Nosotros decimos y probamos que son milagros de la omnipotencia de Dios.

Atended un instante y os convenceréis de ello: el milagro puede definirse; una derogación manifiesta de las leyes naturales conocidas para dar testimonio de la intervención omnipotente de Dios; de donde se saca que el milagro es un hecho sensible (deroga una ley natural) obrado por intervención divina y por lo mismo para atestiguar la verdad porque Dios es por necesidad de su naturaleza veraz, y santo: por otra parte el milagro es obra suya exclusiva, luego siempre ha de ser en pro de la verdad.

1er Argumento Pero ¿es posible el milagro? Si y lo pruebo. Supuesta la *existencia* de Dios, de un hecho pode-

mos concluir con toda razón, su **posibilidad**, así supuesta mi existencia, a nadie le ocurriría pensar que es imposible que yo exista. Ahora bien es una realidad histórica que hubo y hay milagros «Los milagros de Lourdes» etc.

2.º Argumento El milagro es una obra que supera el orden de toda la naturaleza creada, ahora bien tal obra puede superarla e cuanto a su **sustancia** (p. ej. la compenetración de dos cuerpos) o en cuanto al **sujeto** en que se opera (p. ej; la resurrección de un muerto o cuanto al **modo como se hace** (p. ej: una curación instantánea, sin remedio ninguno) Pero Dios puede hacer todas estas obras; luego es posible el milagro.

Dios puede hacer obras que superen todas las fuerzas naturales en cuanto a su sustancia, porque muy claro es (y supongo que nadie dudará de ello) que no existen todas las causas que podría existir y también Dios porque es omnipotente y libre puede hacer cosas muchísimo más perfectas que las existentes; todo lo cual supera la naturaleza creada porque es una verdad evidente, que nadie da lo que no tiene, que la causa ha de tener mayor o igual perfección (nunca menor) que su efecto, que de lo menos perfecto no puede salir lo más perfecto.

Dios puede hacer obras que superen la naturaleza en cuanto al sujeto, porque en estos casos el que superen las fuerzas naturales viene de la corrupción o indisposición del sujeto; así a nadie se le ha ocurrido que pueda la medicina dar vida a un cadáver putrefacto. Ahora bien, Dios, que con su voluntad lo hizo todo de la nada; ¿no tendrá poder para arreglar y modelar otra vez lo que se deteriora? Dios puede hacer obras que superan la naturaleza, cuanto al **modo** porqué.

El que todo lo hizo y presta su concurso a todas las cosas creadas para que produzcan sus efectos, no necesita de estas causas para obrar los efectos naturales, si alguna vez quiere obrarlos sólo y por esto puede quemar sin fuego, puede sanar en un instante, sin remedio alguno, las más terribles enfermedades.

3er Argumento. Nada se opone al milagro ni de parte de la criatura ni de parte de Dios, es, por tanto posible.

a) La criatura, toda cuanta es, *esencialmente* depende de Dios, su criador y está sometida a su soberana y omnipotente voluntad, que se manifiesta en el orden *general* por lo que se llama leyes naturales (físicas, químicas, etc), y en otro orden *particular* puede Dios usar de ellas para un milagro en virtud de su *absoluto dominio* sobre toda criatura y sus leyes.

b) Dios crió el mundo con entera *independencia* (pues de lo contrario se le quitaría la grandísima perfección de la libertad y por tanta ya no sería Dios). Ahora bien, si por su libre voluntad impuso a sus criaturas el orden existente, ¿porque ha de quedar *esclavo* es una cosa que depende de su voluntad? porque se le niega el derecho; que todo legislador humano tiene, de poner excepciones, cuando lo creyere oportuno, a las leyes de que es autor? Porque Dios ha querido que el fuego queme; no podrá ya suspender ese efecto (para mostrar su omnipotencia) cuando le agradare hacerlo?

Una dificultad de poco peso. Se opone a todo esto la necesidad de las *leyes* naturales; con un ejemplo práctico se verá que esta necesidad de las leyes de la naturaleza, en vez de oponerse, confirma nuestra doctrina, es una ley que todos los cuerpos, abandonados a su pesantez, caen a su centro de atracción. La necesidad de esta ley es *condicional y relativa* lo mismo vale la de cualquier otra ley natural porque depende de la *existencia* de los cuerpos y de las *circunstancias*, aquí en nuestro caso, que existen cuerpos que podían no existir y que se dejen o se abandonen a sí mismos. ¿Quién negará que puedo yo impedir el efecto de esta ley en estos papeles, teniéndole con mis manos?

¿Y, por ésto he anulado la ley de la pesantez? no caerán ya los cuerpos, porque no han caído estos papeles? Ahora bien, Dios es omnipotente, conviene no olvidarlo, de lo contrario ya no es Dios. Además la ley *necesaria* en *absoluto* y primera es que Dios, autor de todo es *enteramente* libre para ejercer su soberano poder.

Oíd sobre lo mismo un testimonio, no sospechoso: «Puede Dios, pregunta J. J. Rousseau hacer milagros, esto es, derogar las leyes que El ha establecido, y responde: esta

cuestión seriamente tratada sería cuando impía y talvez absurda.

Quien la resolviera negativamente fuera digno no sólo de castigo, sino tambien de universal desprecio. Más; quién ha negado jamás que Dios pueda hacer milagros (Carta 3.^a de la montaña).

Inconcebible falta de lógica. Los modernos enemigos de toda religión revelada, como no pueden probar la imposibilidad del milagro, proclaman, esto mismo como un *axioma-indiscutible*. «La naturaleza misma de la ciencia, dice Renán» en «*Questions contemporaines*» nos fuerza a creer que todo se explica *naturalmente*, aún loque ne se ha explicado todavía.

Para la ciencia una explicación sobrenatural no es ni verdadera ni falsa; lo único que puede afirmarse es que no sirve de explicación.

Linda manera de salir de cualquier dificultad; con una simple afirmación se hecha por el suelo cualquier verdad; de esta manera también os puedo yo probar que no existis; que no me oís, que no existe la gravedad, en fin con evidencia se ve que este procedimiento no es nada científico. Y; donde está el buen sentido de los racionalistas quienes confiesan que no admiten *apriorismos* y cuando se presentan *hechos* manifiestos y mil y mil veces repetidos, los niegan *a priori* con una imposibilidad a priori, nacida de una simple afirmación

Y tiene gracia, decir que todo se explica *naturalmente* aún lo que no se ha explicado aún; ¿en que se funda? quisiera se me probase que causa natural puede hacer volver a la vida un cadáver corrompido ya en su sepulcro. Nótese aquí, puesto que es lugar para ello, que el verdadero positivismo es el cristiano, que solo se rinde a los hechos y si a Jesucristo se rinde es porque Jesucristo lo ha abrumado con *hechos milagrosos*.

Consecuencia final. Por todo lo dicho hasta el presente quien rehusa admitir los hechos extraordinarios narrados en el Pentateuco si quiere obrar racionalmente ha de probar [con argumentos no con meras afirmaciones y negaciones que la Biblia no es documento fehaciente y qu ese imposible el milagro para lo cual ha de refutar lo dicho en este trabajo.

JUAN JOSE TOUYA

BIBLIOGRAFÍA

Pueblo Escucha por *Edgardo Ubaldo Genta*. Con una amable dedicatoria hemos recibido esta interesante obra del distinguido oficial de nuestro ejército y aventajado estudiante de una de nuestras Facultades.

En breves páginas que apenas alcanza a constituir un folleto las ideas del autor son expuestas con claridad y elegancia, siendo uno de sus estudios, — *Importancia de la Institución Armada y su influencia en el desenvolvimiento de la civilización de los Pueblos*, — laureado en el concurso del Centro Militar y Naval celebrado el año pasado. De acuerdo absolutamente con las conclusiones a que llega el inteligente militar, debemos por la misma índole de las cuestiones tratadas, abstenernos de hacer largos comentarios que pueden no agradar a algunos de nuestros lectores.

Esto no impide que felicitemos al autor por sus meritorios y brillantes trabajos, que lo consagran como uno de los primeros intelectuales de nuestra institución armada.

Leyes y Reglamentos de la Universidad de la República: — El que conozca nuestra legislación universitaria llena de leyes y decretos derogados solo en parte y a menudo en contradicción entre sí, ha lamentado más de una vez la falta de una publicación como la que nos ocupa.

Gracias a la laboriosidad e inteligencia del secretario general de la Universidad Dr. Andrés Pacheco podemos contar ahora con la completísima colección objeto de esta nota; 518 páginas llenan las leyes, los decretos y las resoluciones del consejo, pero a eso no se ha limitado la sabia tarea del colector.

Las derogaciones, y modificaciones, así como las interpretaciones han sido consignadas en numerosas notas, y para facilitar el manejo de la voluminosa colección se le ha provisto de un completísimo índice alfabético.

Al consignar complacidos en nuestras páginas la aparición de obra tan útil y beneficiosa enviamos a su director nuestras sinceras felicitaciones, y como estudiantes, la expresión de nuestro agradecimiento.

Publicaciones Recibidas — Acusamos recibo de las siguientes publicaciones a las que enviamos el respectivo canje.

Acción Femenina — Montevideo N.º 1 2 y 3

Ideas — Organó del Ateneo Universitario Buenos Aires.

El Terruño — N.º 1 2 y 3 Montevideo.

La Revista *Blanca* — N.º 105 a 109. Montevideo

Notas

Una Errata — En los apuntes de Derecho Penal publicados en el número anterior se deslizó un error de importancia que nos vemos obligados a salvar.

En la pag. 337 líneas 21 a 23 dice «Lo interesante no es la premeditación, sino los motivos que pueden ser económicos (avaricias, sexuales como celos, etc).» La última parte del párrafo debe estar concebida en estos términos «pueden ser económicos, (avaricia, etc.) sexuales (celos, etc); y de odio y venganza (crímenes políticos, religiosos, venganzas privadas, etc).» Queda así salvado el error.

NUEVO ADMINISTRADOR

A partir desde este número, asumirá la administración de esta revista, el señor Eduardo C. Isola.

El señor Isola es un prestigioso elemento universitario, cuya incorporación a nuestra obra constituye una garantía de seriedad y de progres.
